

EDICIONES BIBLIOTECA
FILMS

LA DOLORES

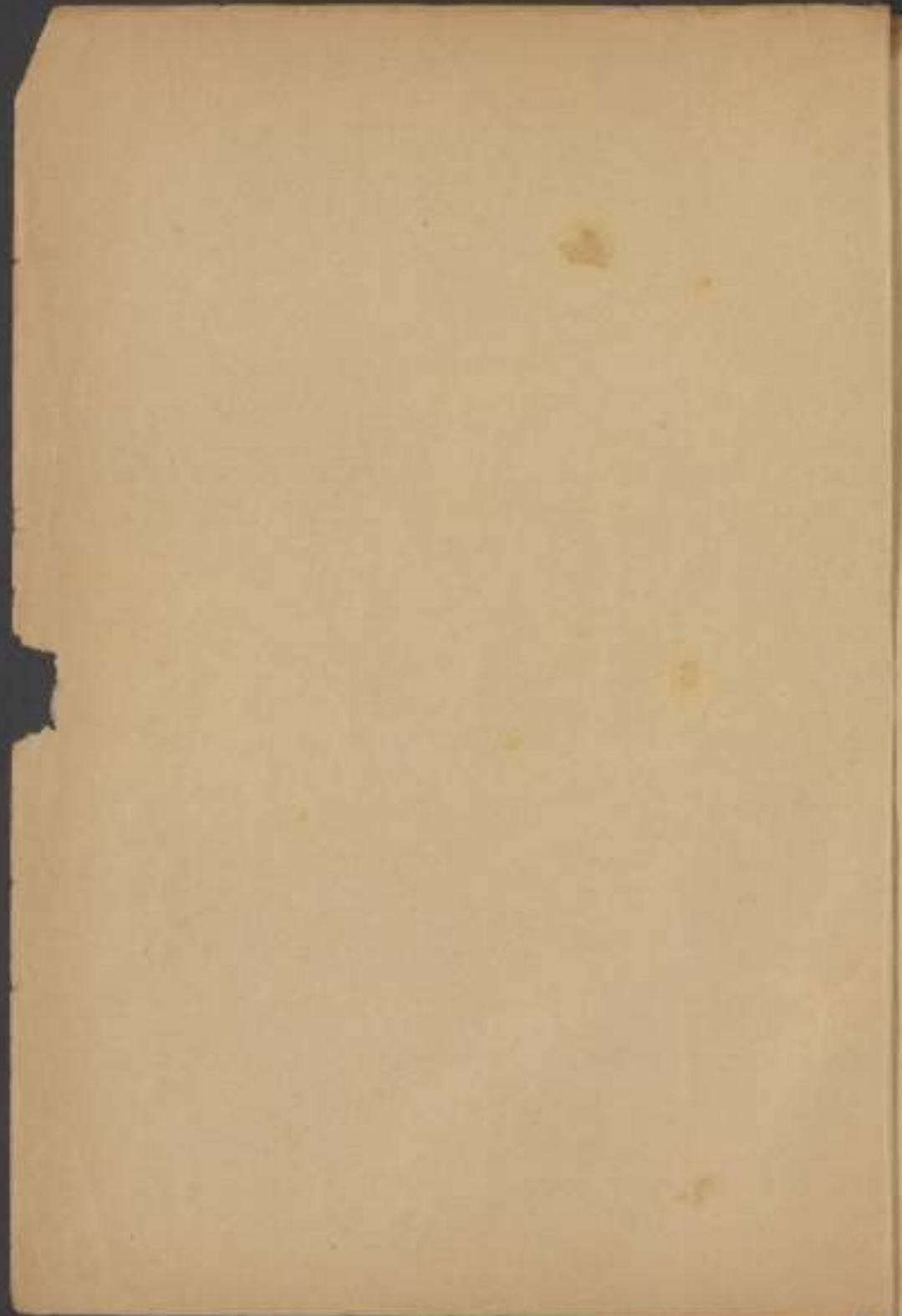
The poster features a large, stylized title 'LA DOLORES' in blue letters on a white diagonal banner. Above the banner, a woman in a black veil and a man in a white hood are shown in a close-up. Below the banner, a scene from the film is depicted, showing a woman in a black dress kneeling in a church, surrounded by people in white hoods. The background is a red and white checkered pattern with a black thorny border.

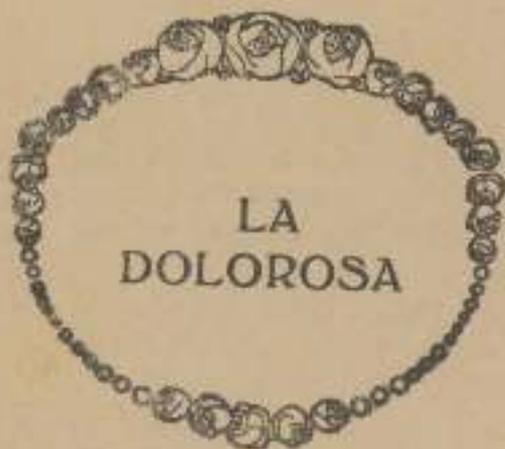
MAESTRO
SERRANO

J. JOSE LORENTE

ROSITA DIAZ

AGUSTIN GODOY





LA
DOLOROSA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director Propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER

Director Literario: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 787 - Telef. 79657 - Barcelona

AGENTS DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barbant, 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación semanal

Año IX

Núm. 169

LA DOLOROSA

GRANDIOSA SUPERPRODUCCIÓN NACIONAL

basada en la famosa zarzuela del mismo título del gran literato Juan José Lorente musicada por el célebre maestro, gloria del Teatro Español, José Serrano. un

Un drama de inmenso amor, de dolor, de ternura infinita, es lo que los autores de **LA DOLOROSA** nos dan en esta obra, en la que cada página es un motivo más para acrecentar el interés y momento más de emoción. 000 000 000 000

EDICIONES P. C. E.

Producción y distribución:

Falcó y Compañía, S. en C.

Jorge Juan, núm. 9 - VALENCIA

Pera Cataluña, Baleares y Aragón

M. DE MIGUEL

C. de Clauto, 292 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Dolores	ROSITA DÍAZ
Nicasia	MARY AMPARO
Madre Dolores	Pilar García
Rafael	AGUSTÍN ODOYO
Perico	RAMÓN CEBRIÁN
Prior	Luis Moreno
Inés	Maruja Bergés
Don Serafín	Luis Llonezo
Tío José	Anselmo Fernández

Adaptación de la obra
original de

JUAN JOSÉ LORENTE

Música del

Maestro SERRANO

Director:

J. GREMILLÓN

Ayudante de dirección:

ANDRÉS BARZAC

— NARRACIÓN DEL FILM POR —

MANUEL NIETO GALAN

LA DOLOROSA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

LOS MONJES DE LA ALDEA

Como un remanso de paz, alejado del mundanal ruido de las grandes ciudades, sin sentir en su seno el trágico bullir de las grandes capitales, vivía como en un letargo toda la aldea. Ningún hecho de esos que hacen estremecer las grandes urbes, lo acicataba para que rompiera aquella beatífica calma y las casuchas diseminadas a las laderas del monte que les servía de base, parecía una dispersa bandada de palomas, con sus diferentes colores según eran las viviendas. Unas aparecían bellamente blancas, demostrando que habían sido recientemente encaladas, otras ofrecían el

tono semi-gris, delator del tiempo que hacía que la cal no había pasado por sus paredes y otras, las menos, ofrecían un aspecto de completo abandono.

No era necesario ser muy listo para comprender que estas últimas pertenecían a los más pobres, a aquellos que tenían que estar diariamente en el campo y sus mujeres en diferentes faenas, sin tiempo para ocuparse de aquellas tristes viviendas que luego habían de servirles de cobijo para que descansaran sus cuerpos de las rudas tareas del día.

Nadie deseaba nada, y todos, como buenos cristianos, se contenta-

ban con lo que el Cielo se había dignado otorgarles y querían a aquella tierra como si fuera un trozo de sus propias vidas.

Allí habían nacido ellos y casi todos sus antecesores, allí habían crecido, por aquellos prados y campos habían jugado y se habían hecho hombres, sintiendo también las primeras preocupaciones de la edad que lleva consigo las responsabilidades de crear una familia.

Entre todas estas casas, de casi igual apariencia, solamente había una edificación que se destacaba entre ellas, tan solamente un edificio sobresalía de todos y era éste el convento de los monjes, rodeado de huertas y con un amplio patio, donde los santos varones solían tomar el sol en los días de invierno y donde buscaban, en las horas del atardecer en verano, un poco de fresco que mitigaran los calores del día.

Eran muy pocos los que conocían los primeros años de aquel convento, ya que fué edificado cuando la aldea apenas si había empezado a nacer y desde entonces aquellos santos varones se habían dedicado a las obras de caridad, dando consejos a los que los necesitaban y encarrilando aquellas almas sencillas por los senderos del bien y del amor al Señor.

A alguna distancia del convento

se hallaba una pequeña ermita, también al cuidado de los reverendos y cuyo interior ofrecía el aspecto de humildad propia de una ermita de aldea. Se veneraba en ella al Santo protector del convento y conservaba como joya de inestimable valor, la imagen de la Dolorosa, que el tiempo, impío, iba poco a poco luchando para robarle el color, a pesar del cuidado de los monjes.

El prior del convento, hombre que unía a su bondad un gran conocimiento del arte, luchaba con los escasos medios de que disponía, de ir conservando lo mejor que podía cuantas obras de valor contenía el convento, y entre todas la que tenía más en empeño era en aquella imagen de la Virgen, de la Dolorosa.

Para restaurarla y que no se perdiera lo que en verdad era una joya artística, había llegado de la capital próxima, de Zaragoza, un joven pintor, que inmediatamente se puso a dar satisfacción al prior, aprovechando que iba a pasar una temporada en la aldea.

Diariamente el prior iba a ver los trabajos que se realizaban en la imagen y diariamente también felicitaba al joven pintor por la maestría que demostraba en volver a su estado primitivo aquel cuadro.

Era conocido de los monjes por-

que en otras ocasiones había dado pruebas de su afecto al convento realizando otros trabajos de poca importancia, aun cuando para aquellos santos varones eran tanto de agradecer como si fueran las obras más importantes. No veían el precio de los regalos sino la fe con que eran hechos, y Rafael, que así se llamaba el pintor, los hacía de todo corazón.

El mismo prior fué el que le enseñó el cuadro de la Dolorosa, y acompañó al pintor hasta la ermita, donde le dijo mostrándole la imagen:

—Vedlo, es un tesoro que el tiempo nos quiere arrebatar con su profana impiedad. Hemos de defenderlo con nuestra devoción... pero ello no es bastante... Necesitamos de vuestro arte.

El pintor quedó durante unos segundos contemplando la bella obra, y después, conmovido por el arte que encerraba, exclamó sinceramente:

—Extraordinariamente bello, padre. Por eso temo que mi pobre arte fracase en este intento... ¡Es tan difícil coincidir con la inspiración ajena!

El prior sonrió bondadosamente y apoyando su huesuda mano sobre la espalda del joven, le respondió con patriarcal acento:

—Bien está la modestia, Rafael; pero en el convento tenemos ya muchas pruebas de vuestra maestría y estoy seguro de que habréis de triunfar en esta empresa.

Rafael, sin poder apartar la vista de la sagrada imagen, se expresó con toda la fe religiosa que sentía y le dijo:

—Crea vuestra reverencia que en este caso, más que en ninguno, quisiera acertar... ¡La Dolorosa!... ¡Es un tema de tan honda inspiración para un alma cristiana!...

Nuevamente el prior sonrió con satisfacción. Tenía fe ciega en el arte de aquel muchacho y lo animó, diciéndole:

—Estoy seguro de que triunfarás, hijo mío. Jesús no ha de negarnos su divina gracia, siendo para su Madre Santísima.

El pintor, sin dejar aquel aire de modestia que lo caracterizaba, volvió a decirle al prior:

—Padre, rueguen todos ustedes, para que tenga un buen acierto... Tengo miedo de defraudar a vuestra Reverencia, que tanta confianza tiene puesta en mí. Por mi parte, haré cuanto esté en mi mano y en mi saber para restaurar este fresco que es una joya de las más valiosas que ustedes tienen.

Siguieron unos instantes de muda contemplación al cuadro de la

Virgen, hasta que finalmente el prior y el pintor salieron de la ermita. Cerca de la puerta tropezaron con Perico, el guardián, un muchacho de unos diez y ocho años, fuerte, como todos los naturales del país, y tan ignorante como fuerte era.

El padre prior, al verlo, dejó un momento la compañía de Rafael para acercarse a Perico y decirle:

—Oye, Perico, cierra bien las puertas y deja las llaves en la portería.

El muchachote se inclinó respetuosamente ante el prior y después de besar el escapulario del sacerdote, le respondió con sencilla humildad:

—Descuide vuestra Reverencia.

—No olvides—siguió diciéndole el prior—que dentro de la ermita hay un tesoro y que no podemos abandonarlo de cualquier manera. Don Rafael nos restaurará ese tesoro. Tú eres el que ha de cuidar de protegerlo.

—Descuide vuestra Reverencia—repitió el muchacho—. Sé lo que manda.

Nuevamente volvió al lado del pintor y charlando amigablemente con él fueron alejándose de la ermita y experimentando el bienestar que producían en las almas la cal-

ma de aquel atardecer suave y primaveral.

Perico, cuando vió que los visitantes se alejaban con dirección al convento, se dispuso a cerrar las puertas y cuando lo estaba haciendo, se oyó a lo lejos una voz de mujer que chillaba:

—¡Cu-cu!... ¡Cu-Cu!

El muchacho siguió su operación haciendo como que no la oía, mientras que en voz baja iba diciendo:

—Ya puedes hacer el cucu, ya! No hay «prior» sordo que el que no quie oír. Si algo quie ya te acercará, moza...

Nuevamente se oyó el Cu-cu de la vez anterior y poco después apareció una muchacha que sonreía alegremente y que fué acercándose a donde estaba Perico, con el temor de ser objeto de alguna de las tonterías del mozo. Cuando estuvo a su lado lanzó una carcajada, y Perico, sin darle importancia, exclamó con un aire disciplente:

—¡Toma!... ¡Ya sabía yo que era la Nicasia!... ¿Qué te trae aquí?

La muchacha, que venía a tener la misma edad que él y en cuyos ojos se adivinaba el destello del amor que sentía por el mozo, bajó la vista al suelo para ocultar su rubor al mismo tiempo que le decía:

—Pues tú verás... Perico, yo quisiera decirte una cosa.

El esperó a que continuara hablando y en vista de que Nicasia no pronunciaba palabra, la increpó diciéndole:

—Pos revienta de una vez.

Y echó a andar, sin esperar a que ella le contestase.

Ella, ante la actitud de él, avanzó hasta ponérsele delante para impedir que se fuera y al final lo tomó por el brazo, y riendo nerviosamente le dijo en voz baja:

—Es que, la verdad, me da mucha vergüenza.

—Pos entonces no me digas nada—exclamó Perico, dando el asunto por concluido.

Pero si él daba la cuestión por terminada, no así Nicasia que se veía que venía dispuesta a decirle aquello que no quería decirle.

—Es que quiero icírtelo, hombre—insistió ella.

Nuevamente se paró él para escucharla y entonces Nicasia se le acercó al oído y sus labios de color de grana rozaron la oreja del mozo, haciéndole la confesión que desde hacía tiempo guardaba en su corazoncito.

Perico iba expresando en su cara la indignación que le producían las palabras de Nicasia, hasta que

finalmente, sin poderse contener, exclamó, más rojo que una cereza:

—¡A ver si llamo a mi padre!... ¡Eso no lo icen las mozas!

—Pos como tú no me dices nada... pos... una... ¡una tié que darse a entender!

Llevaba razón la moza, desde hacía tiempo sabía ella que le gustaba a Perico y la cosa era que también Perico le gustaba a ella, pero la soseña de él era tanta que nunca le dijo nada. Al principio esperó ella que con el tiempo se rompería la timidez del mozo, pero en vista de que pasaban los días y nada le decía, se decidió ella a cambiar los papeles y que fuera ella precisamente quien le dijera que le gustaba.

Perico se hallaba sorprendido ante aquella declaración y le respondió casi enojado:

—Amos Nicasia, no seas provocadora.

Y a la vez que le decía esto se advertía en su rostro la satisfacción que le producía la declaración de la muchacha y sonreía ncaramelado mirándola fijamente. Ella, siempre tan locuela y alegre, al ver la actitud de él, que parecía la de una muchacha a quien acaban de pedirle relaciones, le dió un cariñoso empujón y exclamó:

—¡Uy, qué hombrecico!... ¡Eres

un apocal... ¡No tiés ánimos para nada!

Se le puso delante, le sonrió provocadora y mirándole picaruelamente a los ojos, puso en juego todas sus mañas seductoras para romper la timidez del galán, que terminó diciéndole, vencido por ella:

—No es ánimo lo que me falta... Es... es que tengo que ir a llevar las llaves al convento. El prior me lo ha mandao y se va a enfadar si no lo hago. Déjame.

—No te dejas, ¡eal! — exclamó Nicasia, dispuesta a que continuara al lado de ella—. Hoy quiero estar contigo. Siéntate aquí, a mi lao, y charlemos un ratico... Ya llevarás luego las llaves.

Quieras que no, Perico no tuvo más remedio que sentarse en el petril del puentecillo, miraba a un lado y a otro recelosamente temiendo que alguien pudiera pasar y los viera juntos. Nicasia, por el contrario, como un pajarillo que alegremente revolotea por las ramas de un árbol, seguía haciéndole cucamonas y le incitaba cada vez más con sus miradas y sus sonrisas. A pesar de todo, Nicasia se reía de la cortedad de Perico y tal vez aquella misma timidez era lo que más había influenciado en la muchacha para que le amase de aquella forma.

Pensaba que si no hubiera sido

por ella, si no hubiera sido por su arrojo, nunca hubieran llegado a nada los dos. Menos mal que el arrojo de ella era mucho mayor que la timidez del muchacho y tenía para los dos.

A poco de sentarse, viendo que Perico era incapaz de decirle una palabra, cortó una florecilla silvestre que había allí mismo y se entretuvo en jugar con los cabellos del muchacho, intentando ponerle en ellos la flor, hasta que Perico protestó diciéndole:

—Mía tú que tienes ganas de comprometerme.

—¿De comprometerte? — preguntó ella riendo a más no poder—. ¡Quiá!... ¡Si la que se compromete soy yo!... ¿Es que no te gusta?

Perico sonrió bobaliconamente. Interiormente sentía que aquella moza le gustaba y le dijo, para evitar una contestación afirmativa:

—¿Gustarme?... Es que... es que...

Se oyó un toque de campanas y exclamó asustado:

—¡Dios mío, si ya tocan el Angelus!... ¡Y yo tengo que llevar las llaves al convento!...

Se incorporó para marcharse, pero Nicasia intentó retenerlo más tiempo a su lado y el muchacho tuvo que luchar con ella, hasta que por fin consiguió desasirse de los

brazos de ella y salir corriendo hacia el convento sin atender las voces de ella, que seguía llamándole.

Mientras tanto, Rafael que hasta entonces había estado en el convento, sin más compañía que los dulces pensamientos que embargaban su mente, en aquella paz tranquila del sagrado recinto, salía de él, porque era la hora en la que los monjes acudían al coro, era la hora de la meditación y del recogimiento para aquellos hombres que habían consagrado sus vidas a Dios y ningún seglar puede profanar con su presencia en la santa casa el silencio profundo que se respira por todas partes.

Ya en campo libre, Rafael pensó nuevamente en su próxima obra, en la reconstrucción de aquel cuadro. Toda su alma de artista estaba puesta en la ejecución de aquella

obra. Jamás había sentido tanta incertidumbre como en aquella ocasión. Pensaba en el cuadro que había visto y al mismo tiempo se daba cuenta de lo difícil que era reproducir aquel santo dolor de la Madre que vió morir a su Hijo en el más cruel martirio.

Toda la fe que sentía en su arte se eclipsaba en aquellos momentos y pedía a Dios su misericordia infinita para que guiase su mano e iluminase su pensamiento en aquella obra que se le había encomendado.

Y silbando una copla popular, disfrutando de aquella tarde apacible y tranquila, sintiendo sobre su rostro la caricia del aire fresco del campo, Rafael sentía que su alma se abría a una esperanza nueva, a una dicha desconocida, pero que le hacía inmensamente feliz.

LA RESTAURACION

Al día siguiente, apenas el sol se elevó en el horizonte, el joven pintor puso mano a la obra. Tenía afán en llevarla a cabo cuanto antes, quería hacer algo que se apartase de cuanto había hecho hasta entonces. No era un deseo de superarse por el orgullo de artista, era como si una llama interior le empujase a poner en la ejecución de aquella obra toda su alma de artista y todos sus pensamientos.

Con su larga bata de pintor, varias veces había dibujado la imagen de la Dolorosa y varias veces había borrado también la silueta que habían trazado sus lápices. No, no era aquello lo que él había concebido, no era aquella lo que él quería pintar. Encontraba en su figura falta

de expresión, de sinceridad en el dolor que él no sabía expresar por más empeño que ponía en ello.

¡Qué difícil resultaba el saber dar a un rostro de Madre todo el dolor que ha de sentir ante la muerte de un hijo!

Por fin después de algunas horas de trabajo consiguió dibujar la cabeza de la imagen y estaba contemplando detenidamente su trabajo, cuando entró el ama a llevarle una taza de café con leche. Llamó la atención del pintor que se volvió rápidamente y al ver de lo que se trataba, le dijo sonriendo:

—¿Quién te ha pedido café?

—Nadie — respondió la ama —, pero yo sé que lo necesitas.

Rafael, sin abandonar su sonrisa de bondad, le dijo de nuevo:

—Mira, ama... Ahora no puedo perder el tiempo... ¿No ves que estoy dibujando? No puedo dejar pasar la inspiración...

A pesar de estas palabras, la ama, como buena aragonesa era tozuda y no se dejaba convencer por aquello de la inspiración, por lo cual le respondió:

—Pero, hijo, necesitas comer también. No olvides que no sólo pintas con la mano, sino que también pintas con la boca... Si estás débil, poca inspiración tendrás... Anda, vas a tomar ahora mismo esto que te traigo... Si no te alimentas se te quedará ancho el pellejo... y ese no puede encojarse como los vestidos.

Rafael protestó nuevamente ante la insistencia de la ama y le dijo:

—Déjame, ama... Ahora no puedo atenderte.

—Y yo no quiero dejarte — exclamó la ama con la tozudería propia del aragonés—. ¿Crees que voy a consentir que te me pongas enfermo?

—Pero, si es que no tengo apetito.

—Y yo te digo que vas a tomártelo ahora mismo—porfió la ama, sin dejarse convencer.

Seguieron discutiendo los dos, en

da uno sin ceder en su postura y en aquella actitud les sorprendió Don Serafín, un viejo amigo de Rafael, que desde que el muchacho llegó venía todos los días a verlo. Al ver que discutían acaloradamente, exclamó sonriendo:

—¡Caray!... ¡Y yo que me he marchado de casa para no oír reñir!... Si es inútil, entre un hombre y una mujer siempre ha de haber discusiones.

La ama se volvió rápidamente hacia el recién llegado y buscando en él un aliado le dijo:

—Diga que no, Don Serafín... Es que este niño no quiere tomar nada... Ayúdeme usted a convencerle... Dígale usted a este rebelde que para vivir y ser un gran artista es preciso comer... aunque sólo de vez en cuando.

Don Serafín, que era un bonachón a carta cabal, al ver el motivo de la discusión se puso de parte de la ama y le dijo al pintor:

—¡Natural, hombre! Ama Catalina tiene razón... Es un principio de los más elementales que nadie ignora... exceptuando a los camaleones... Y digo yo que tú no estás estudiando para camaleón.

Rafael, aun teniendo que luchar contra dos, no se desanimó por ello y le respondió:

—No haga usted caso a ama Ca-

talina. Es una charlatana y una exagerada. Si tuviera que hacerle caso estaría ya como un lechón.

Ama Catalina movió nerviosamente la cabeza al oírle expresarse de aquella forma, y respondió:

—Ya se ve... Mire qué rollizo está el chico... ¡Si parece que le hayan chupao!

—Vamos, ama, cállate. No quiero que te pongas pesada—le dijo finalmente Rafael, con cierta acritud, muy a pesar suyo, ya que sentía por el ama un verdadero cariño.

Pero don Serafín le interrumpió al advertir el tono con que hablaba el muchacho y le reprendió bondadosamente, diciéndole:

—Ama Catalina tiene razón y tú no debes llamarla pesada. Ella te ha visto nacer y te ha hecho casi de madre... Por eso es para tí, como yo, franca y leal.

Rafael arrepentido del tono que había empleado con ella, la acarició dulcemente, diciéndole:

—Perdóname, ama. Ya sabes que cuando dibujo y pinto, me olvido de quien soy y cometo muchas torpezas... El arte me aprisiona y me hace a veces desbarrar. Don Serafín me ha convencido... Para que estés contenta voy a tomarme el café y me sabrá a gloria porque lo has hecho tú.

Ama Catalina se esponjó de tal forma que no cabía en el pellejo de orgullo y exclamó embobada por las palabras de Rafael:

—¿No le digo yo, don Serafín? Si este niño es un zalamero... ¿Quién va a enfadarse con él? Por eso yo para él, salvando las diferencias del rabo y los andares, soy como una perra.

Don Serafín sonrió ante las palabras de la ama y dirigiéndose a Rafael le dijo:

—Hay que vivir, Rafael, hay que vivir... y en la vida no es todo arte. Pero para vosotros lo que es prosa vil os molesta y os hace daño. Y eso no está bien. Bueno es que te pases la vida en las nubes, pero al cuerpo hay que darle todo lo que tiene derecho a exigir.

Rafael, no muy a gusto, empezó a tomar el café, mientras decía entre sorbo y sorbo:

—Ya ven cómo obedezco y me tomo el café.

—Claro, hombre —le respondió don Serafín—. Y ahora te arreglarás y te vendrás conmigo... Quiero llevarte a una reunión de niñas casaderas donde se te van a rifar.

—Oh, no... eso me aburre sobranamente—protestó Rafael.

Ama Catalina intervino en seguida al ver como protestaba Rafael y exclamó:

—¿No ve usted? Es un viejo, un viejo sin gracia y sin ángel... Aunque lo rifen, no le toca a ninguna.

Rafael, desesperado ante el ataque de que era objeto por parte de los dos, se revolvió dolorosamente, diciéndoles:

—Pero, don Serafín, hoy están ustedes para burlarse de mí... ¿Se han confabulado para hacerme perder la paciencia?

—Tal vez lleves razón — le dijo don Serafín—. Nos hemos confabulado, ella para hacerte comer y yo para lograr que te diviertas un poco. No está bien que a tu edad hagas esa vida de ermitaño... Toda tu distracción es el convento.

—Ya sabe usted que trabajo en él.

—Sí, pero cuando acabas el trabajo te quedas charlando con los monjes, en lugar de venir al pueblo a ver las chicas guapas.

—Don Serafín, usted sabe que eso a mí no me interesa. Yo vivo de mi arte.

—Pero tú tienes que ir pensando en casarte, hombre de Dios — le respondió don Serafín—. Del arte vivirás a medias... La verdadera vida está en el amor.

—El amor llegará a su tiempo— replicó suspirando Rafael—. Precisamente yo creo que al amor no hay que buscarlo, porque entonces se es-

conde y se torna esquivo. El vendrá solo... y entre tanto, no me hace falta... Estoy ya enamorado de mi arte.

—Y dale con tu arte — insistió don Serafín—. Estoy conforme en que le dediques lo mejor de tu vida, pero créeme a mí, lo mejor para tu arte y... lo peor para ellas. También ellas son obras de arte. ¿Vendrás conmigo a casa de la viuda de Garcerán?

Rafael adoptó un aire de resignación y terminó diciéndole:

—Iré, si usted se empeña.

—Entonces vendré por tí. Esta tarde dan una merienda y estarán allí reunidas las mejores chicas del pueblo. A ver si alguna te gusta, hombre.

—¿Algunas... o todas? — preguntó Rafael, bromeando, a la vez que don Serafín y Catalina salían, dejándole otra vez solo para que siguiera con sus pinceles y sus lápices.

Como había prometido aquella tarde, volvió don Serafín en busca de Rafael y al ver que éste todavía no se había preocupado de arreglarse para ir a donde le había dicho aquella mañana, le dijo enérgicamente:

—Vamos, deprisa... ¿O es que quieres que lleguemos a los postres?

—No tardo ni cinco minutos en

«ponerme guapo», como dice Catalina. Se lo prometo — le dijo Rafael.

Inmediatamente se dirigió a su cuarto, se cambió rápidamente de ropa y poco después apareció ante don Serafín, vestido con un traje sencillo, pero que hacía resaltar su natural elegancia.

Se encaró sonriendo con el viejo amigo y le preguntó:

—¿Cumpli lo prometido?

—Lo cumpliste — respondió don Serafín—. Has dicho cinco minutos y creo que sólo han sido cuatro lo que has tardado. Muy bien. Vamos andando.

Salieron de allí y se dirigieron hacia el pueblo. Después de cruzar varias calles, llegaron a una casa que aparentaba ser la mejor del pueblo. La casa estaba rodeada de jardines, en los que aquella tarde se había reunido toda la alegre muchachería y continuamente se oían alegres risas de las muchachas y animada charla.

Rafael, guiado por don Serafín, llegó hasta donde estaba la dueña de la casa, a quien presentó, diciendo:

—Doña María Balcazar viuda de Carcerán, señora de esta casa... Mi amigo, Rafael Lucientes.

El pintor se inclinó elegantemente a besar la mano de la señora.

quien le respondió muy amablemente:

—Muy satisfecha de saludarle, señor Lucientes. Siempre que le plazca honrar esta casa, será en ella bien recibido, como amigo de uno de nuestros mejores amigos.

—Gracias, señora — respondió Rafael.

—Gracias, digo yo también— exclamó don Serafín, quien no era muy partidario de los cumplidos ceremoniosos—. Y digo gracias, porque ese mejor amigo soy yo. ¿Te has enterado, Rafael?

Se echó a reír y su risa contagió a la dueña de la casa y a Rafael, dando por resultado romper esa frialdad obligada en toda presentación.

Don Serafín una vez hecha la presentación y tan pronto como entraron en el terreno de la confianza preguntó a doña María:

—¿Y Dolores, dónde está?

La dueña de la casa señaló hacia el jardín donde había un grupo de jóvenes y respondió a don Serafín:

—Véala, jugando con sus amigos. Usted no sabe lo chiquilla que es esa criatura. Voy a llamarla. Estará contenta de conocerle, señor Lucientes.

Se adelantó un poco hacia el grupo que formaba la muchacha y los demás jóvenes y gritó:

—¡Dolores!... ¡Dolores!

La muchacha al oírse llamar se volvió hacia donde estaba su madre y preguntó, sin levantarse:

—¿Qué quieres, mamá?

—Ven un momentito, hija mía— le dijo de nuevo su madre.

Se levantó la joven para acudir al llamamiento materno mientras le decía:

—Voy en seguida, mamá.

Dolores era una joven de unos veinte años y su cuerpo de finas líneas le daban una esbeltez maravillosa. En su rostro moreno, pero orlado de la diadema de sus cabellos de seda, brillaban fuertemente unos ojos alegres y juguetones, que eran dos ventanas por donde se asomaba el alma de la muchacha, tan optimista y dichosa como su propia juventud. Su boquita de muñeca sonreía constantemente y en el sonoro cascabeleo de su risa dejaba al descubierto dos hileras de dientes nacarinos, cuya blancura resplandecía aún más en aquel rojo estuche de sus labios.

Entró risueña y juguetona y al ver al amigo de su madre exclamó bromeando:

—¡Hola, don Serafín! Ya llegó a nuestra casa lo que esperábamos... Aquí no puede haber fiesta sin usted.

Don Serafín completamente ganado por aquel cariñoso saludo, sonrió ufánamente y exclamó:

—¡Ah, pequeña, que mala eres! Si tuviera veinte años menos, no diré que no, pero a mi edad... ¿Cómo voy a creer eso que dices?

Dolores adoptó un aire de fingida seriedad y le respondió en el mismo tono cariñoso:

—Pues es verdad.

—¿De verdad que me has echado tanto de menos? — le preguntó el viejo—. Hoy te traigo a un amigo mío, Rafael Lucientes, sucesor de Murillo, émulo de Velázquez y competidor del Greco.

Rafael, que desde la entrada de Dolores no había podido apartar la vista de aquella mujer, sintió como si toda la sangre le acudiese al rostro al sentirse aludido y pretendió disimular su turbación exclamando:

—¡Qué Don Serafín, siempre dispuesto a burlarse de cualquiera!

Dolores le tendió la mano, una mano pequeñita, de princesita, de hada, y Rafael al sentir el contacto de ella, sintió que todo su cuerpo se estremecía ante un influjo para él desconocido. No acertó a decir palabra y fué ella la que rompió el encanto de aquella admiración, diciéndole:

—Yo tengo mucho gusto en conocerle, aunque no sea usted nada de lo que nuestro amigo dice. Pero yo sé que es usted un artista de talento, aunque no quiera usted confesarlo.

Rafael, más turbado todavía por

aquellos elogios, puestos en boca de aquella mujer cuya belleza lo fascinaba, respondió tímidamente:

—Señorita, yo... no soy más que un humilde pintor, con muchas ansias de gloria, pero nada más.

—No lo creo yo así — protestó doña María, interviniendo en la conversación de los dos jóvenes—. El prior del convento me ha referido todo lo que usted ha hecho en él y lo bien que lo ha hecho.

—Diga que sí, doña María — afirmó don Serafín, protestando de la modestia de su amigo—, pero este muchacho es como una violeta—. Y volviéndose a Rafael le preguntó:

—Dime tú, ¿te he exagerado yo al hablarte de esta preciosidad de chiquilla?

Y cogió el rostro anísado de Dolores, mostrándoselo en toda su belleza, mientras que la joven sonreía halagada por aquellas palabras.

Rafael bajó la vista al suelo, como avergonzado de lo que iba a decir y dejando en libertad sus pensamientos respondió con toda la sinceridad de su corazón:

—Sí, es cierto, no me ha exagerado, parece, parece...

—No lo diga usted — le interrumpió alegremente ella—. Huyo porque me marean los lisonjas—. Y mirándolo, acariciadoramente, le preguntó:

—¿Vendrá usted con nosotros? Dejaremos aquí a los viejos que charlen y nosotros nos iremos a jugar... ¿Quiere?

Rafael nunca sintió tanto como entonces el ser un carácter retraído, Temía hacer un papel ridículo entre los demás muchachos, y le respondió:

—Soy muy poco apropiado para alegrar una fiesta, señorita. Don Serafín me llama el «aguafiestas»... Pero si usted lo ordena...

—Ordeno y mando — exclamó la muchacha cómicamente. Y amenazándole con un dedito terminó diciéndole: —¡Ay de usted si se niega a obedecerme!

Echó a andar delante de él y su figura ágil y esbelta adquiría mayor encanto aún, al moverse rítmicamente en un andar gracioso y acompañado. Rafael la siguió de cerca dándose cuenta de que era imposible reunir en una sola persona tantos encantos como los que tenía Dolores. Y lo más encantador aun era que ella ni siquiera parecía darse cuenta de ello... ¿Sería posible que Dolores no supiese que era la perfección absoluta de cuanto bello puede contener una mujer?

Y mientras los jóvenes se dirigían hacia el grupo de muchachos que seguían jugando y riendo como locos, doña María la miraba con el na-

tural orgullo de madre y decía satisfecha de tener aquella hija:

—¡Qué chiquilla!... Su alegría borra todas mis penas. Gracias a ella vivo. Su risa, su charla, su jovialidad, dan luz a mi vida, harto triste desde que me faltó mi esposo. Siempre está ideando cosas para divertirse y divertirme... Es como un jilguero en esta casa, que sin ella sería como un cementerio.

Don Serafín no pudo menos que afirmar aquello que decía doña María, y no por pura galantería, sino porque también él sentía por la muchacha un verdadero cariño y su carácter alegre y dicharachero se hermanaba admirablemente con el de Dolores.

Rafael, antes de llegar al grupo formado por los muchachos, quedó indeciso oyendo a doña María. De pronto, como si le hubiera acometido un impulso incontenible, se acercó a la dueña de la casa y le dijo tímidamente:

—Señora, perdone... Si usted me permitiera... Tal vez sea excesivo mi atrevimiento, yo no sé si debo...

Don Serafín le animó, diciéndole:

—¡Acaba, Don escrúpulos! ¿No ves que tienes inquieta a doña María con ese preámbulo?... ¿Qué se te ocurre?

—Es que la verdad... es la primera vez que vengo a esta casa y pu-

dieza parecer confianza excesiva por mi parte... Le ruego que me perdone y que no se ofenda por mi atrevimiento... Pero tiene su hija de usted una cara tan bella, tan perfecta, que yo quisiera... yo quisiera pintarla—. Y como arrepentido por su atrevimiento, se apresuró a rectificar:

—Sólo unos apuntes, ¿sabe usted? Si usted me autoriza...

Doña María se echó a reír con su habitual franqueza y exclamó:

—¿Por qué no? En caso de que ella quiera, yo no tengo inconveniente. Es usted amigo de don Serafín y ese solo título le abre a usted, no sólo las puertas de mi casa sino las de mi confianza... Háblele a Dolores y si ella quiere...

Don Serafín que era el que se dedicaba a allanar todos los obstáculos fué el primero que exclamó convencido:

—¡No va a querer! Estoy seguro que dirá que sí en seguida.

—Por mi parte — siguió diciéndole la señora Carcerán — me consideraré muy honrada.

—El honor será para mí, señora — exclamó Rafael, sin darse cuenta de la vehemencia con que se expresaba—. Honor y placer incomparable porque un artista no encuentra todos los días modelos de tan rara perfección.

—Nada, no te preocupes — volvió

a decirle el viejo—. Yo te arreglaré ese asunto.

Pero Rafael, que conocía el carácter jovial de su amigo, temió que pudiera echar aquello en broma y ante este temor, lo detuvo, diciéndole:

—No, por Dios, don Serafín. Esto es una cosa seria y usted todo lo trata en broma. Ya hablaremos de ello otro día—. Y volviéndose a la dueña de la casa le suplicó:

—Prefiero que sea usted misma, señora, la que se lo indique... no vaya a creer que es una pretensión mía extremada. Usted sabrá decirselo mejor que yo.

Doña María sonrió. Le complacía en extremo aquel muchacho, tan reverente para las formas sociales, y con extremado cariño le respondió:

—Como usted quiera. Le prometo que lo haremos así.

—Gracias, señora — exclamó Rafael—. No sé cómo agradecerle...

Dolores llegó otra vez hasta donde estaba su madre con don Serafín y Rafael. Sus mejillas, a efectos del juego, parecían dos amapolas aterciopeladas. Jadeaba suavemente y su pecho se levantaba con un ritmo cadencioso y pleno de armonía, que no pasó desapercibido para Rafael, que cada vez la encontraba más bella. Se acercó a donde estaba el joven pintor y le dijo riendo:

—Venga usted con nosotros, Ra-

fael. Mis amigos quieren que juegue usted con el elemento joven y no que se esté entre viejos.

—Pero, si yo... ya le he dicho...

—Ordeno y mando! — volvió a decirle ella—. ¿Viene usted?

—Puesto que usted lo manda...

Se dejó llevar por la joven, sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, mientras que don Serafín al verlos juntos no pudo impedir una pregunta, algo indiscreta, y le dijo a la viuda:

—¿Y cuándo piensa usted casar a su hija?

La buena mujer suspiró tristemente y respondió:

—Asunto difícil es ese, mi señor don Serafín.

—Pues algún día habrá de ser — le indicó él.

—Algún día ha de ser, es verdad — repitió doña María—. Y no tendría prisa ninguna si no pensara en que yo puedo faltarle cualquier día a esa niña y dejarla sola en la vida.

Don Serafín, que lo único que no podía sufrir era ver caras tristes, echó a broma las últimas palabras de la dueña de la casa y le respondió:

—Usted aún es joven, doña María.

—No soy muy vieja, es verdad — respondió ella — pero estoy muy gastada por la vida y muy achacosa.

—No diga usted tonterías... Si vende usted salud — exclamó él.

—Ya no, don Serafín, ya no...— prosiguió doña María—. Algún tiempo fué, pero ahora este pobre corazón mío está muy fatigado y no marcha a compás... ¡Si yo faltara!

—¿No tiene novio Dolores?— preguntó curiosamente don Serafín.

Doña María pensó un momento su respuesta y al fin le dijo:

—No creo. Yo no la he visto dedicar a ninguno sus preferencias. Aunque es alegre y desenvuelta, siempre ha sido muy juiciosa, y estoy segura de que sabrá elegir.

—Seguro!— profetizó don Serafín—. Las mujeres suelen tener muy buen instinto... si no tropiezan con ningún sinvergüenza que les tuerza el camino.

—Esperemos que no sea, don Serafín— exclamó medio asustada doña María—. Si a mi hija le ocurriera alguna vez algo malo, creo que yo no no lo podría resistir.

Don Serafín miró instintivamente hacia donde estaba Rafael y le respondió:

—Por eso he traído a Rafael esta tarde. Ese sí que es un muchacho de todas prendas... serio, trabajador, honrado... ¡Quién sabe, doña María, quién sabe!

Doña María se quedó mirando a su hija y al pintor, y ganada por la simpatía del muchacho, expresó casi su conformidad, respondiendo:

—¡Quién sabe, don Serafín!

Dolores, ajena a lo que los viejos tramaban, presentó a su nuevo amigo a los demás, diciéndoles alegremente:

—Aquí os traigo al pintor. Ahora jugará con nosotros porque las personas mayores ya le estaban aburriendo. Rafael Lucientes.

El joven hizo una inclinación de cabeza, mientras que Dolores seguía diciéndoles:

—Mis amigos.

Se dieron mutuamente la mano los que estaban allí y Rafael y volvieron a sentarse alrededor de una pequeña mesita, mientras que Dolores preguntaba al pintor:

—¿Sabe usted jugar a la «baraja loca»?

Rafael no había oído nunca aquel juego. Por más memoria que quiso hacer no lo recordaba y finalmente no tuvo más remedio que confesar su ignorancia, diciendo:

—Es la primera vez que oigo nombrar ese juego.

Entre todos los que habían allí, cuando llegó Rafael, había un muchacho que se llamaba Natalio, quien seguía a todas partes a Dolores, con una solicitud que parecía exceder de los límites de la pura amistad. No se necesitaba estar ciego para comprender el interés que demostraba aquel joven por todo lo que se refi-

riese a Dolores y hasta hubiera sido fácil advertir en él cierto malestar cuando vió a Rafael. Sin poderse explicar sintió una gran antipatía hacia aquel nuevo amigo de la muchacha, como si fuese un rival que llegaba a robarle el afecto de Dolores. Claro está que procuró ocultar este sentimiento que le había inspirado y al decir Rafael que no sabía aquel juego, exclamó con cierta extrañeza:

—¿De veras que no sabe de qué se trata?

—De veras — afirmó Rafael, sin darse cuenta de la forma como le miraba Natalio—. No he tenido mucho tiempo para dedicarlo al juego. El trabajo me ha ocupado siempre.

—Pero, ¿si ese juego es más viejo que la Naná?

—Aunque así sea — volvió a decir el pintor.

Dolores cortó la conversación, interviniendo entre los dos jóvenes y diciéndole a Rafael:

—Yo le enseñaré a usted. Es muy fácil. En unos papelitos se escriben los nombres de los muchachos y en otros lo que han de ejecutar. Es como la lotería. Se saca a ciegas un papelito del montón de los nombres y otro del montón de lo que deben hacer y entonces... lo que sale... ¡Es muy divertido!

—Divertidísimo — exclamó una de

las amigas de Dolores—. Nosotras nos reímos mucho con eso.

—Lo ha comprendido usted bien? —le preguntó Dolores, disimulando la risa.

—No he comprendido ni media palabra—le dijo Rafael, confesando su ignorancia—. Ya le he dicho que era muy torpe y que soy un «aguafiestas».

—Verá — volvió a decirle Dolores — prácticamente lo entenderá mejor—. Y volviéndose a una de sus amigas, le dijo: —Inés, saca tú el nombre, y tú, Natalio, sacarás lo que debe hacer. Veamos.

Entre los muchachos se cruzaban furtivas miradas, que a otro que no hubiera sido Rafael le habrían avisado que trataban de gastarles una broma y de retorc a su costa, pero el pintor, ajeno a todas aquellas inocentes diabluras de la juventud, no se daba cuenta del juego de la egocentadora Dolores.

Por fin cada uno de los muchachos señalados por Dolores cogió el papelito correspondiente y ésta les dijo:

—Leed los nombres.

—Dolores-Rafael — leyó Inés, que era la que había sacado el papelito de los nombres.

—Lee tú el otro — le ordenó a Natalio.

Este abrió el papelito y leyó su contenido que decía:

—¡Una caricia!

Todo el grupo prorrumpió en una gran carcajada, mientras que Rafael, sin poder comprender a qué se debía aquella risa, miraba a unos y a otras con ciertos temores, mucho más cuando iba adivinando que lo que se pretendía es de que él le hiciese una caricia a Dolores. Convencido de que era aquello lo que se le ordenaba, preguntó tímidamente:

—¡Una caricia!... ¿Yo?

Pero Dolores se levantó decidida de su silla y acercándose a él le dijo graciosamente:

—Soy yo quien ha de hacerla a mi voluntad.

Y en efecto, le tomó por la barbilla, le miró a los ojos largamente y luego con voz melosa, con acento que a Rafael le pareció casi un sueño, le dijo:

—¿Quién te quiere a tí, preciosura?... ¡Chiquitín de la casa!... ¡Pintorcillo gitano!

A estas palabras estalló una carcajada entre todos los asistentes. Nadie pudo contener el impulso de reír

por la gracia con que habían sido dichas estas frases y hasta el mismo Rafael sintió que se rompía su timidez y sonrió satisfecho. Aquellas frases burlonas de la joven, no le parecieron así al muchacho, y lo único que lograron fué que Rafael se sintiera aún más deslumbrado por aquella belleza tan exquisita de Dolores, que había hecho presa en su corazón desde el primer instante.

Continuó el juego un poco más y Rafael fué familiarmente con Dolores y sintiéndose más ligado a ella, por un sentimiento que jamás había sentido su corazón. Ni él mismo hubiera podido definir qué clase de atractivo tenía para él aquella mujer, pero era lo cierto que a partir de aquel día su mente no supo cobijar otra imagen que la de Dolores, ni supo pronunciar otro nombre con igual cariño que el de la joven.

Todos sus sentidos eran para ella y toda su vida se la habría ofrecido rendidamente con tal de recibir de ella una sonrisa de cariño, o una frase de esperanza.

OTRA PAREJA DE ENAMORADOS

«El hombre propone y Dios dispone», dice un refrán, pero en el caso actual la que proponía no era el hombre precisamente, sino el diablillo de Nicasia, que quería a toda costa sacar de sus casillas al pobre Perico, que la huía Cielo y Tierra. Pero cuando una mujer se propone una cosa, difícilmente deja de salir con la suya, y la Nicasia, propuesta a no perder a Perico, había conseguido que éste le dijese que le gustaba y hasta incluso que aceptase a ser su novia.

La muy demonio buscaba todas las ocasiones para encontrarse con él, y hasta iba a buscarlo a su casa, contraviniendo las órdenes paternas que la habían prohibido ir a casa de Pe-

rico, para evitar el «que dirán» de las gentes.

Pero, como decimos, Nicasia hacía caso omiso de esta recomendación de su padre y un día lo cogió en la cocina y dándole un fuerte puñetazo en la espalda, le preguntó riendo alegremente:

—¿De moo y manera que somos novios?

Perico se volvió ante aquella «caricia» y con aire resignado, como el que no tiene más remedio que aceptar alguna desgracia, le respondió:

—Tanto has porfiao...

Nicasia se encaró con él al ver la forma en que le contestaba y replicó:

—¿Y eso te pone musto, so tonto?

Ya me estoy viendo salir de la iglesia pa casa del retratero... Y nos retrataremos bien majos... Tú te pondrás bien sentaico así...

Lo hizo sentar en una silla que allí había y colocándose a su lado, siguió diciéndole: —Anda, pásame el brazo por la cintura, hombre.

A Perico no le disgustaba aquello, pero se detuvo ante un resto de pudor y respondió mohino:

—Es que... paice feo... ¡No quiero!

—¡Si es pa ensayanos, tonto—in-sistió la muchacha.

A Perico, que le faltaba poco para hacerlo, le bastó aquella disculpa para cogerla por la cintura, al mismo tiempo que le decía:

—¡Ab, si es pa ensayanos!

Y al sentir el cuerpo de la muchacha junto al suyo, experimentó por todo su cuerpo un estremecimiento tan raro, que no pudo menos que decirle:

—Nicasia, pienso...

Se detuvo sin atreverse a decirle lo que pensaba, pero la muchacha que parecía adivina en aquello de los querereros, le preguntó, afectando una seriedad que estaba lejos de sentir:

—¡Qué piensas tú, cacho de atún!

Ella creía que Perico pensaba besarla, abrazarla, en fin algo con lo cual pudiera decirle más claramente su cariño y por lo mismo, para inci-

tarlo más, se apretó más contra él, mientras que Perico dejaba traslucir su pensamiento, diciéndole:

—Pienso que en lugar de ir a casa del retratero, nos puede hacer don Rafael un retrato en colores.

Ella le miró extrañada. ¿Cómo podía haber pensado aquello Perico? Indudablemente aquel mozo era más bruto de lo que parecía y eso que en cuestión a parecer lo era mucho. Por lo mismo, le dijo extrañada:

—¡Maño!... ¿Pero tú sabes si don Rafael querrá venir a nuestra boda?

—Claro que vendrá — respondió Perico convencido—. Es mucho buena persona.

Pero había llegado a tal acercamiento con Nicasia, que ya ni se daba cuenta de lo que decía. Cada vez la estrechaba más contra él y sentía en aquel instante que no les hubieran echado ya las bendiciones.

Nicasia, con esa picardía tan propia de toda mujer, se iba dando cuenta de cómo Perico se iba animando en aquello de apretarla y al fin le dijo riendo:

—Oye tú, no aprietes de ese modo...

—Es a ensayame, tonta — respondió él, disculpando los apretones.

Y a Nicasia, que no le sabía tampoco mal, se dió inmediatamente por convencida, y le respondió:

—Ah, bueno... Entonces... si es pa ensayate...

Y para lograr vencer del todo a Perico siguió diciéndole a la vez que le pasaba el brazo por el hombre:

—Mira, cuando nos vayamos a retratar, yo pondré el brazo así y la cabeza así. No así.

—Y yo haré una risica, y el retratero dirá: «¡Maja parece!... ¡quietos!... ¡No menense...!»

Tan entusiasmados estaban los dos jóvenes con el «ensayo», que no se dieron cuenta de la presencia de don Bienvenido, el padre de la joven, que exclamó al verlos:

—¡Ya está!

Nicasia y Perico se volvieron sobresaltados y al darse cuenta de quien era, la muchacha se separó bruscamente, exclamando:

—¡Mi padre!

Perico, al verlo, no pudo ocultar su miedo. Sabía de sobras que en toda aquella comarca tan solamente había un hombre que pudiera igualarle en bruto al padre de Nicasia y este hombre era su mismo padre. Así es que no estando allí él, solamente quedaba Bienvenido como el más bruto de todos. Pensando en la paliza que se avecinaba, exclamó aterrado:

—¡Dios nos coja confesados!

Don Bienvenido entendió mal la

exclamación del muchacho y exclamó más indignado todavía:

—¿Qué t'a gustau?

Nicasia, ante el temor de que don Bienvenido pueda hacer víctima de su indignación a Perico, pretendió llamar su atención y le dijo tímidamente:

—Padre, no vaya usted a pensar-se...

—¡Qui he de pensarme, gurriapa! —exclamó sin abandonar su gesto de indignación el padre de la joven, que a su vez pretendió explicarle su presencia allí, diciéndole:

—Es que he subido a beber agua.

—¿Y te has agarráu a ese botijo, no?

Bienvenido pretendió lanzarse contra Perico, al mismo tiempo que entraba José, atraído por las voces de la cocina. Al ver a don Bienvenido, que intentaba pegar a su hijo, exclamó, extrañado:

—¿Qué estrupicio es este?

Perico corrió a buscar protección en su padre y le dijo medrosamente:

—Padre!... El tío Bienvenido que quería machacarme los huesos.

—A tú? —preguntó su padre, extrañado.

Don Bienvenido quiso explicar el por qué de aquella actitud y le dijo:

—Estaba abrazado a la Nicasia y a punto de besarla.

José fué el que entonces sintió más

indignación y mirando fijamente a su hijo, exclamó asombrado:

—¡Tú!... ¡tú!... ¿Tú eres hijo mío? En la vida he abrazado yo a una moza... ande pudiera vemos la gente.

Nicasia, que oía a unos y a otros, discutir sin que a ella le dieran tiempo de hablar, no pudiendo contenerse ya, exclamó gritando:

—Masianu sabe una lo que le corresponde... Pero, si no dejan hablar!...

José hizo un esfuerzo sobre sí mismo. Intentó calmarse y respondió:

—Suelta el trapo de una vez, maña.

—Pues miusté — empezó diciendo la Nicasia —, la verdad es que Perico y yo somos novios.

Perico quiso salvar su responsabilidad en aquel noviazgo y se encaró con su padre, diciéndole:

—Padre, yo no quería.

—Y hablamos de la boda—siguió diciendo la moza—y de retratarnos... Y nos himos puesto como en el retrato.

Don Bienvenido quedó más conforme con aquella explicación y le dijo al padre del muchacho:

—José, ya sabes que es que se retrataban.

—Hombre, pues, si es así... todo tiene apañío — le respondió José, quien no veía mal aqual noviazgo de su hijo.

—Ya hablaremos de eso — le propuso Bienvenido.

—Hablaremos—. Y para dar comienzo a la conversación, ordenó a su hijo: —Perico, trae vino... Y como yo sepa... que os retratáis antes que os echen las bendiciones, te doy un zurriagazo que te estozolo...

Bienvenido creyó oportuno hacer a su hija alguna reconvencción y la dijo:

—Le mismo te digo, maña... Como que ya lo sabes... A la cuadra...

Los dos muchachos desaparecieron de allí, pensando que lo mejor era separarse de sus respectivos padres, para estar más seguros de no recibir ningún zurriagazo de aquellos que les habían prometido.

Desde el día en que por primera vez viera Rafael a Dolores, no dejó de ir todas las mañanas a la casa de ésta. Y a medida que pasaban los días, aquella pasión que había encendido la joven en su corazón, se hacía más fuerte y más irresistible. Soñaba con ella a todas horas y la imagen adorada de aquella mujer que llenaba el vacío que los otros seres queridos dejaron en su vida, era una dulce persecución que Rafael sentía constantemente.

Diríase que toda su persona estaba rodeada de una sombra invisible para nadie que no fuera él y esta

sombra era la de Dolores, a quien Rafael quería pintar. Para él, el día no tenía más que unas horas y eran éstas las que pasaba por las mañanas al lado de Dolores. Esperaba aquellos instantes con el deseo imperioso de poder estar a su lado y en su ausencia las horas le parecían interminables. Las tardes eran larguísima, parecía que nunca se acababan, sin embargo, las mañanas volaban como un soplo, mientras se hallaba en la dulce compañía de Dolores.

Rafael había tomado apuntes de ella y no había perdido el menor detalle. Su rostro había sido completamente dibujado, deteniéndose con apasionamiento de artista y de enamorado en todos sus detalles; en su boquita sangrante como una herida, en sus ojos como de brillantes de puros reflejos, en su frente espaciosa, en sus cabellos de rizos sedosos, en sus manos que como blancas palomas revoloteaban alrededor de su cuerpo. Todo ella iba pasando a los apuntes del artista, que cada vez se entusiasma más con su obra y que cada día encontraba en ella nuevos encantos que añadir a los apuntes ya tomados.

Dolores demostraba una paciencia jacobina, al permanecer durante largas horas en casi una inmovilidad permanente. Parecía mentira que aquella muchacha tan alegre, tan juguetona,

pudiera resistir aquellas largas sesiones de poses.

Una mañana en que la sesión había sido más larga que de ordinario, Dolores sintió cierto cansancio por la forzada quietud a que se veía sometida, y Rafael, advirtiéndolo, se apresuró a decirle:

—Acabaré en seguida, Dolores... Sólo una expresión en la mirada.

Y se acercó a ella, contemplándola detenidamente, mientras que Dolores le decía risueña:

—¿A ver si le veo a usted más animado en su trabajo?

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó Rafael.

—Porque se le caen a usted los minutos contemplándome y sin dar una pincelada.

Rafael, con infinita tristeza que no pudo disimular, quiso excusarse y le dijo:

—He llegado a cansarla... ¿verdad?

Dolores advirtió la tristeza del joven y sintió pena por él. Verdaderamente no sabía que tenía aquel hombre, pero había algo en él que la obligaba a quererlo como un buen amigo. Por lo mismo adoptó una pose algo forzada y se apresuró a tranquilizarlo, diciéndole:

—No señor... ¿Quién ha dicho eso? Vaya. ¿Estoy bien así?

Rafael pretendió corregir un poco

la pose de Dolores y timidamente le inclinó la cabeza hacia un lado. Al hacerlo sintió tan cerca de él la mirada de ella, que abrasado por su fuego, se la quedó mirando a los ojos con vehemencia, hasta que al fin exclamó:

—Es imposible acertar con la expresión que tienen sus ojos.

Dolores, coquetuela y halagada hasta cierto punto por lo que le decía el pintor, le preguntó burlona:

—¿Qué ve usted en ellos, señor artista?

Rafael, sin poder apartar su mirada de la de aquella mujer que lo volvía loco, respondió desesperado:

—Misterio, nada más.

Un viejo mendigo pasó en aquel momento por la calle rasgueando en su guitarra un aire popular y la melodía de aquella canción ejerció sobre el alma de Rafael un efecto místico, que le hizo suspirar con tristeza.

Dolores seguía jugando inconscientemente con el amor de aquel hombre, a quien sin ella querer había aprisionado entre sus seductores encantos, y con aquella sonrisa angelical que tanto adoraba Rafael, le preguntó mimosamente:

—¿Qué me está usted preguntando con los ojos?

Rafael, sorprendido por la interrogación de la joven, no supo que

responder y preguntó a su vez, con cierto asombro:

—¿Yo?

—Sí, sí, usted — exclamó ella como una gatita mimosa que se siente acariciada por la mano de su amita—. No pretenda disimular, que le he conocido. Algo hay que no se atreve usted a decirme... Dejaría de ser mujer si no me hubiera dado cuenta de ello.

Abandonó en aquel instante su pose y se acercó a Rafael, mimosa y autoritaria, a la vez que seguía diciéndole:

—A explicarse ahora mismo o no vuelvo a servirle de modelo.

Rafael tenía miedo de expresarle lo que sentía. Creía que ya se lo había demostrado muchas veces y temía el momento de tenerse que decir él mismo. Estaba seguro de que Dolores se había dado cuenta de ello y en aquel instante era tal el amor que Rafael sentía por ella, que incluso temía de que Dolores pudiera haberse ofendido por la pasión que experimentaba por ella. Para él era aquella mujer como un ser divino digna tan sólo de amor y de respeto. Sentía por ella una especie de fanatismo, de religioso amor, que la hacía aparecer ante él como un ser excepcional, a quien se debía adorar con todo el misticismo capaz de sen-

tir un corazón tan noble, tan bueno y generoso como el suyo.

Queriendo rehuir la confesión franca y leal del sentimiento que lo embargaba, ante la pregunta de la joven, Rafael respondió angustiosamente:

—Usted lo sabe, Dolores... Pero me ve sufrir y...

Dolores se echó a reír. No era su risa la de la burla, sino la inconsciencia. Para poder comprender el sufrimiento de un semejante, es necesario sufrir o haber sufrido tanto como él. Es inútil que se quiera comprender todo el dolor de otro cuando no se ha sentido en la vida más que el soplo de la dicha y de la felicidad. Dolores no sabía hasta entonces qué eran las lágrimas, jamás sus ojos se habían humedecido con el dolor de llanto y por eso era en aquellos momentos inconsciente ante el dolor que experimentaba el pintor. Reía alegremente ante aquellas palabras que demostraban todo el amor que el artista sentía por ella y le dijo:

—Ah, vamos. Yo no quiero que sufra usted por mí. Ea, descansenos un poco. Hoy no tiene usted el pulso para pintar.

Le cogió amistosamente de la mano y lo llevó hacia un rincón umbroso del jardín. La cercanía de Dolores aumentó en Rafael la turbación que sentía y dejándose transportar en

las alas de su pensamiento, exclamó, con la sinceridad que presidía todos sus actos:

—Sí, a su lado, no me cambiaría yo por el hombre más feliz del mundo.

—Cuidadito con lo que se dice— respondió ella, sin poder dar todo el alcance que tenían aquellas palabras en boca de Rafael—. Eso es casi tanto como una declaración de amor...

Rafael se arrepintió de aquella confesión. Creyó que con ella habría molestado a la joven y queriendo escusarse, le dijo:

—Perdóneme, Dolores, si la he molestado. No fué esa mi intención, pero hubo una fuerza en mí mayor que mi voluntad, que me obligó a hacerle esa declaración. Yo no quiero nunca molestarla y menos ofenderla. La adoro a usted como se adora a una imagen divina y toda mi vida me parecería poco para ofrecérsela en holocausto de amor que por usted profeso.

Dolores quedó silenciosa. Fué entonces cuando empezó a darse cuenta de la grandeza del amor que había despertado en Rafael. A pesar de que parecía una muchacha alocada, era, sin embargo, una mujer juiciosa cuando llegaba el caso, y el caso había llegado en aquel momento. Estaba convencida de que la pasión que había despertado en Ra-

fael era una pasión de las que no se borran en la vida y en sus ojos se reflejó el agradecimiento con que la acogía:

Feir agradecimiento no es amor y Rafael lo que quería de ella era esto último, y al ver que la joven se levantaba para ir a su casa, se puso inmediatamente de pie y la siguió hasta la verja que cerraba el jardín. Una vez allí, tímidamente, pensando que pudiera ser rechazado, le preguntó:

—Hasta mañana, ¿verdad?

Dolores no quería ser la causa de la tristeza de aquel hombre. Nunca pensó que su amistad pudiera llegar a tales límites y por eso, sin quererle dar una negativa rotunda, le dijo:

—No se lo aseguro... Mamá anda delicada. Si acaso, ya le mandaría recado.

Rafael se sintió turbado ante aquella contestación. No era la despedida franca y cordial de otras mañanas en las que se prometían ver al día siguiente, advertía en las palabras de Dolores una dilación en volverse a ver y solamente supo decirle:

—Dolores, yo le ruego que perdone mi pesadez.

La muchacha quiso animarlo, borrar de él la mala impresión de aquella despedida y le dijo, riendo con igual coquetería que otras veces:

—No sea usted chiquillo. Yo le llamaré.

—¿Me lo promete?—insistió Rafael.

—Se lo prometo—respondió seriamente Dolores.

—Puedo esperar entonces que...

Dolores no le dejó terminar. Adivinaba cuál era la esperanza que pretendía Rafael y para no dejarle tiempo a que se la expresase, le cortó la palabra, diciéndole:

—Puede usted esperar que le llamaré. ¿Por qué no hemos de seguir siendo buenas amigas?

Y riendo forzadamente, no con la alegría de otras veces, se alejó hacia el interior de la casa, mientras que Rafael quedó un rato contemplando como se marchaba y suspirando por aquella dicha, que le parecía que iba desapareciendo de él, a pesar de creer en algunos momentos que la poseía.

Durante todo el día, Rafael no pudo olvidar aquella entrevista con Dolores. En aquella mañana su vida entera se había rendido a los pies de la joven y ella no había querido, o no se había dado cuenta de ello. Pero esto último no era creíble, puesto que Rafael estaba convencido de que Dolores era lo suficientemente inteligente para comprender el verdadero sentido de aquellas palabras.

Todo el resto del día estuvo poseí-

do por el mismo pensamiento. Con gran desesperación de ama Catalina, aquel día casi no probó bocado y cuando llegó la noche, sin saber por qué, ni a dónde ir, salió de la casa y se echó a andar por las callejas del pueblo.

Inensiblemente sus pasos lo fueron acercando a donde estaba su pensamiento, hacia la casa de Dolores.

No sabía a qué iba allí, pero a medida que se iba acercando a ella, se sentía más tranquilo como si al pensar de que la distancia entre los dos era menor, también fuese menor la distancia de sus sentimientos.

Perico, también pensaba en Nicasia, y prueba de ello era que en aquellos momentos estaba encerrado en la cocina y atareadísimo en escribir una carta a Rafael, en la que le decía:

«Querido Don Rafael, Tendríamos una gran alegría de verte a usted por aquí: Nicasia y yo vamos a casarnos...»

Antes de terminar aquella interesante misiva se oyó la voz de Nicasia que cantaba desde fuera, diciendo:

*Ya verás cuando me ponga
los zapatos y el collar
y mis guantes*

*tan elegantes
y mi mantilla
con el "azar".*

*Todos los chicos solteros
tendrán envidia de ti
porque te dan una moza
que ni en Zaragoza
la pintan así.
¡Vaya un negocio bonito
si te casas con mí!*

Entró por fin dentro de la cocina y Perico para responder a aquella copla ideó otra que decía:

*Yo también quitaré el hipo
con ropica de señor.*

*Con mi puro
de medio duro.*

*Y aquí, en la oreja,
mi buena flor.*

*Todas las chicas solteras
tendrán envidia de ti,
porque te dan un «torrero»
lo más chalanguero
que se oía aquí.
Bien mirau, es el negocio
más pa tí que pa mí.*

Nicasia, para hacer más seductor su cuerpo de moza aguerrida, empezó a balancearse rítmicamente al mismo tiempo que seguía cantando:

*Mi cuerpo se sabe mover
como puedes ver.*



Juan José Lorente
autor de la obra
Y
Maestro Serrano
autor de la música



Era la hora del
recogimiento.



- Yo sé que es usted
un artista.



- Yo sé lo que
necesitas.



-¿Sabe usted jugar a
la «bataja loca»?



Mientras él tomaba
apuntes de ella...



- Cuidadito con lo
que dice, Rafael.



Mi cuerpo se sabe mover
como puedes ver...

PGF



Se demva brusca-
mente mirándola.



- Tengo miedo.
Natalia,



- Yo acudí a él por
mi hijo.



- ¿Que busca aquí a
estas horas.



junto a la cuna de
su hijo...



- Ha muerto por
tu culpa.



- ¡Padre mio, tenen
piedad de mi!



No tenía fuerzas para
seguir.

PERICO:

*A mí esta mujer
me oá a dar que hacer,
Nicasia, Nicasia, Nicasia,
No sé lo que tienes
haciendo ginasia
que me entran «voicianos»
aquí.*

NICASIA:

*Perico, Perico, Perico,
si tienes congojas
avisa al «médico».
Pero no te cojas
a mí.*

PERICO:

*Es que de cote
Yo pierdo el compás.*

NICASIA:

*Los dedicos
te doy nada más.*

LOS DOS:

*De gusto me se abre la piel
pensando en la luna de miel.*

Mientras Rafael lentamente va acercándose hacia la casa de Dolores, ésta se despidió de su madre, en la misma terraza antes de ir a

acostarse, y después de besarla le dice:

—Buenas noche, mamá.

—Hasta mañana, hija mía — le respondió doña María.

La joven entró en su alcoba, pero en vez de acostarse, se acercó a su tocador y se preparó como si fuera a salir o esperase a alguien que a ella le interesase aparecer hermosa.

Una vez satisfecha de su «toilette» se asomó a la ventana, respiró el aire tibio de aquella noche estival y, cuando se convenció de que todo el mundo dormía en la casa, se dirigió quedamente a la puerta de su alcoba.

Con extremado sigilo cruzó varias estancias de la casa y atravesó por último el jardín hasta llegar a la verja que lo cerraba. La abrió, sin hacer ruido, y se retiró al fondo del jardín.

Segundos después apareció la figura de un hombre que confiadamente empujó la verja y entró decidido al jardín en la convicción de que lo esperaban. Una vez dentro miró a todas partes para asegurarse de que nadie lo veía y como un ladrón se dirigió hacia el lugar donde Dolores estaba esperando.

Minutos después, Rafael, atraído por aquella fuerza misteriosa que lo empujaba a la casa de Dolores,

llegó también hasta la verja del jardín. Le sorprendió ver luz encendida en la alcoba de Dolores y durante unos segundos permaneció contemplando aquella habitación en donde a aquella hora estaría su amada, sin saber que tenía tan cerca de ella al hombre que le había dedicado toda su vida.

Mas de pronto, un tenue murmullo de voces llegó hasta él instantando su curiosidad. Miró fijamente hacia el lugar de donde se oía el murmullo de voces y adivinó, más bien que vió, una sombra blanca entre el espeso follaje de un bosquecillo.

Intrigado por lo que aquello pudiera ser, avanzó hacia el lugar misterioso, hasta que de pronto sintió que su corazón parecía querer saltarse del pecho. Allí estaba Dolores y estaba en los brazos de Natalio. Una nube cruzó por su mirada y oyó decir al miserable que de aquella forma le robaba su felicidad:

—¡Te quiero, Dolores, te quiero!

—Natalio—suspiró ella amorosamente, dejándose besar repetidas veces por él.

Mas, de pronto, los pasos de Rafael llamaron la atención de la joven, que se incorporó rápidamente exclamando:

—¿Has oído?... En el jardín hay alguien.

Natalio prestó atención, mas al pasar unos segundos sin oírse ningún nuevo ruido sonrió confiado y le dijo volviéndola a estrechar contra él:

—Tranquilízate, son tus nervios.

Mas así y todo, ambos quedaron escuchando, y Dolores, cobijada en los brazos de Natalio, volvió a decirle:

—Tengo miedo, Natalio, tengo miedo.

—No seas tonta, chiquilla—la animó él—. No se oye nada.

Pero nuevamente se oyeron pisadas en el jardín, y Dolores volvió a decirle:

—Escucha, ¿oyes ahora?

Natalio también había oído aquella vez el ruido de las pisadas y para salir de dudas respecto de quién era el que de aquella forma se atrevía a entrar de noche en el jardín de la casa, salió del bosquecillo decidido y preguntó enérgicamente:

—¿Quién es?

Rafael apareció ante él. Era tal la emoción que lo embargaba en aquellos momentos, que no encontró alientos para contestar a la pregunta. Natalio, ante el silencio del pintor, volvió nuevamente a preguntar con igual energía que antes:

—¿Qué busca usted aquí a estas horas escondiéndose como un ladrón?

Rafael sintió una oleada de sangre que se le subía a la cabeza. ¿Era posible que aquel hombre le llamase a él ladrón, cuando el ladrón lo era él, que venía a buscar en la oscuridad de la noche lo que no se atrevía a ganar a la luz del día? De buena gana habría estrangulado a aquel hombre entre sus manos, y, resueltamente, decidió a todo, le preguntó sordamente:

—Lo mismo puedo preguntar yo.

Dolores temblaba nerviosamente. Temía que los dos hombres llegasen a las manos y que el escándalo trascendiese a todo el pueblo y la vergüenza pública hiciera mella en ella. Para evitarlo se interpuso entre los dos hombres, en cuyas miradas se advertía el odio que mutuamente se profesaban.

Cogió del brazo a Natalio y mi-

rando suplicante a Rafael le dijo:

—¡Callen, por Dios!... ¡Mi madre puede oírnos!

La aparición de Dolores y su intervención hicieron comprender a Rafael toda la verdad. No, Natalio no era un ladrón que entraba clandestinamente, era el amante de aquella mujer a quien él había creído tan pura como los ángeles, era el preferido por ella, el hombre a quien amaba y por quien arriesgaba todo cuanto una mujer puede arriesgar y que vale más que la propia vida. Comprendió que su presencia allí era ridícula y, avergonzado, confuso y aturdido, volvió de nuevo a alejarse sin dirigirle siquiera una mirada a Dolores, sin pronunciar una sola palabra, mientras que Dolores, poseída todavía por el miedo que en ella había producido la escena que acababa de ocurrir, se abrazaba a Natalio, como queriendo encontrar en él el amparo que le hacía falta.

LA LOCURA DEL RECUERDO

El mundo entero parecía haberse acabado para Rafael. Su corazón apenas se había iniciado en el amor cuando ya empezaba a sentir sus efectos dolorosos. Aquella pasión que nació en su pecho era imposible arrancarla, y el joven, minuto por minuto, día por día y semana por semana, pensaba constantemente en aquella mujer que tan inconscientemente había destrozado su vida.

Sus labios no volvieron a saber ya más del dulzor de una sonrisa y en sus ojos aparecía siempre una llama de infinta tristeza. Rehuía el trato de todos y solamente en la paz de sus recuerdos encontraba un lenitivo a su dolor, recreándose con malsana insensatez en su misma pe-

na, como un loco que contempla el crimen cometido.

En la soledad de su estudio podía pensar más libremente en Dolores. Además, allí tenía infinitos apuntes de ella, todos aquellos que había obtenido en aquellas inolvidables mañanas del jardín, en las que la amada posaba ante él.

Detalle por detalle, Rafael iba recordando todos los tormentos en que habían sido tomados aquellos apuntes y seguramente que los hubiera vuelto a tomar sin necesidad de la modelo por lo grabados que estaban en su imaginación.

Así iban pasando los días y la salud de Rafael iba sintiendo los estragos de aquella congoja que mataba su alma. Era una sombra del

otro muchacho que vimos en el jardín de Dolores.

Una tarde se hallaba sentado sobre una butaca de su estudio, junto a la mesa de trabajo y no lejos de la ventana, mirando abatido y huraño todos los bocetos que cubrían materialmente la pared de su estudio. Todos ellos pertenecían a Dolores. Allí estaba su rostro sonriente, sus manos de azucena, sus ojos, su boca, todo cuanto a ella pertenecía, y de pronto sintió unas ganas irreprimibles de llorar. Ocultó la cara entre sus manos, cuando de pronto sintió unas voces que llegaban de fuera y que decían:

—Te quiero, Dolores, te quiero.

Se levantó sobresaltado. No acertaba a comprender aquellas palabras que creía hijas de su alucinación. Pero las voces continuaron percibiéndose, y Rafael, atacado por repentina locura, se asomó a la ventana. Bajo ella había una pareja de enamorados, que, ajenos al dolor de Rafael, se repetían una vez más sus promesas amorosas. Ante aquella escena que le representaba la otra del jardín, Rafael no pudo contenerse y exclamó desesperado:

—¡Cállese!... ¡No pronuncie más ese nombre!

La pareja miró sorprendida a la ventana y al ver el semblante des-

encajado de Rafael, preguntó con cierta preocupación:

—¿Qué le pasa a usted?

Pero ella, temiendo que pudieran pelearse, lo cogió de un brazo y le dijo persuasiva:

—Vámonos... ¿No ves que ese hombre está loco?

Se alejaron de allí y Rafael cerró violentamente la ventana. Sentía un ahogo que no le dejaba respirar y se apoyó débilmente en la mesa que le servía para trabajar. Su mirada quedó fija durante unos segundos en todos los bocetos que se hallaban en la pared, hasta que, de improviso, en un acceso de furia, se lanzó sobre ellos y los arrancó de la pared.

Iba como un demente de un lado a otro de la habitación. Sus manos no daban abasto para arrancar todos aquellos recuerdos de la amada y en este ir y venir dió un paso en falso y cayó al suelo. Al caer pretendió afianzarse en una mesita que había cerca de la pared, pero lo único que consiguió fué derribarla y hacer que cayera de ella un pequeño puñal que había en ella.

Allí mismo, tendido en el suelo, poseído por completo por aquella furia que nublaba su entendimiento, fué rasgando todos los dibujos que tenía de Dolores, mientras que en sus oídos zumbaban las mismas

palabras que acababa de oír, entremezcladas con las que otras veces había oído a Dolores en sus visitas al jardín.

Su rostro se hallaba crispado en aquellos momentos como si estuviera poseído por un vértigo infernal y, en su afán de destruir todo lo que perteneciera a Dolores, sus manos iban arañando por el suelo en busca de nuevos dibujos, hasta que, de pronto, cogió el puñal que había caído cerca de él.

Un terrible pensamiento le asaltó en aquellos instantes. Quería poner fin a todo aquel sufrimiento que amargaba su vida y quiso buscar en el consuelo del sueño eterno la tranquilidad que su alma no podía disfrutar.

Se llevó el puñal hacia su garganta y cuando ya el filo de su acero estaba junto a su piel, su mirada se detuvo en algo que hizo contener su acción. Frente a él había un Crucifijo, colgado en la pared, que retenía la mirada de Rafael. Pensó en el dolor del Hijo de Dios y su fe religiosa detuvo la mano con que se iba a herir. Poco a poco fué aflojando los dedos, hasta que el puñal cayó al suelo y su crisis nerviosa se convirtió en una languidez que no le permitía más que llorar.

Se arrodilló ante aquella imagen, compendio de todos los dolores, y

bajó la cabeza avergonzado de sí mismo, mientras que hasta él llegaron los redobles armoniosos de las campanas del convento. Fué como un rayo que iluminase su mento y Rafael pensó que la paz que buscaba para su alma la había encontrado. Aquel convento, apartado del mundo, sin más anhelo que el de servir a Dios, le ofrecía un refugio venturoso para ocultar su pena y lentivo misericordioso para su dolor. Y la idea de huir del mundo, de encerrarse en la celda del convento para no saber nada de lo que afuera pasaba, fué tan fuerte en él que al día siguiente buscó al prior para ponerla en práctica.

Cuando estuvo ante el santo varón, le confesó todo su pesar y la firme decisión que había tomado de dedicarse a la vida del claustro.

El prior del convento, hombre de alguna edad y comprensivo de las miserias humanas, miró compasivo al desdichado joven y pretendió disuadirlo de aquella resolución que deseaba adoptar. Mas la insistencia de Rafael le obligó a terminar diciéndole:

—Accedo a vuestro deseo, aunque no me parece muy sensato, porque no acierto a comprender tan súbita determinación.

—Mi único refugio está aquí— sollozó trémulamente Rafael—, jun-

to a vuestra Reverencia y entre los Hermanos.

—Hijo mío—volvió a decirle el prior—, la casa de Dios es la casa de todos. Que la firmeza de tu decisión responda a la bondad de tus

propósitos y que encuentre aquí tu alma la paz que necesita.

Y desde aquel día, Rafael dejó de pertenecer al mundo para dedicarse exclusivamente a la oración y al recogimiento del claustro.

LA VIDA DEL CONVENTO

Durante los primeros días, Rafael creyó encontrar en aquella paz del convento la que necesitaba para su alma. Nada allí le recordaba a la mujer que tan dolorosamente había destrozado su vida. Nada allí le hablaba de ella y, sin embargo, muy a menudo su pensamiento se veía asaltado por la imagen de ella, con la que luchaba tenazmente para arrancarla de su imaginación.

La noticia de la entrada de Rafael en el convento fué como una bomba caída en el pueblo. El primero que se enteró de ello fué Perico, que, corriendo a más no poder, fué en busca de Nicasia para decirle:

—¡Nicasia!... ¡Nicasia!... Se nos mete a fraile.

—¿Quién?—preguntó la muchacha sin comprender a su novio.

—El pintor—le dijo Perico—. Don Rafael. Ya está dentro del convento.

—Habrá venido a pintar, como siempre—le dijo su novia.

—No, no, no—insistió Perico—. Ha venido a estudiar para fraile.

Nicasia quedó un instante pensativa y al fin se acercó a su novio y le dijo con verdadera intuición femenina:

—¿Sabes lo que te digo? Que hay una mujer por medio.

Perico la miró despectivamente y exclamó:

—¡Qué va! Mia que sois amotinadoras. Lo hace de su natural. Y yo, de vele, cunai que me entran

ganas de coger también la capucha.

—¿Ah, sí?—preguntó intranquila Nicasia, temiendo que aquel bruto pudiera hacer lo que decía.

—Con mi Dios—respondió Perico con un aire de verdadero misticismo.

—Pues a no perder tiempo—le contestó Nicasia.

Y para suscitar sus celos y evitar que pudiera hacer lo que decía, le dijo:

—Ya sé yo de un buen mozo que se alegrará mucho. Tú a rezar y él vendrá a festejame.

—¿Pa casase con tú?—preguntó indignado Perico—. ¿Ande está ese mostillo?

—¿Pa qué lo quieres saber?—preguntó la moza.

—Pus pa rompele los morros en cuanti que le vea.

Discutían tan acaloradamente que la madre de Perico salió a ver lo que ocurría y le preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Qué os pasa?

—Pues na más, señá Juana, que su hijo va a meterse a fraile.

—No, madre, no—se apresuró a decirle Perico—. Es Rafael, el pintor, que ha decidido quedarse en el convento. Esta todo lo equivoca.

—¡Alabau sea Dios!—exclamó la señá Juana santiguándose.

Y poniendo paz entre los dos mozos los dejó nuevamente acaramen-

lados y entró a continuar la faena que había interrumpido al oír las voces de los muchachos.

Llevaba ya Rafael varios días en el convento cuando el prior le llamó para decirle:

—¿Te parece que podrás soportar la rigidez de una vida tan austera como la nuestra?

—Así lo espero, fiado en la misericordia de Dios y las oraciones de los Padres—replicó Rafael humildemente.

—Pues sea la voluntad de Dios nuestro Señor—le dijo al fin el padre prior—. Mañana será la ceremonia.

En efecto, al día siguiente, toda la Comunidad se hallaba reunida en la capilla y el padre prior tenía entre sus manos el hábito que debía entregar a Rafael. Este se acercó a él y se inclinó de rodillas, mientras que el prior le decía:

—De parte de Dios y de la orden, de parte mía y de mis hermanos aquí presentes, te admito entre nosotros y te advierto de paso que, antes de la profesión, serás dueño de salir el día que te plazca, como lo seremos nosotros de despedirte, si, lo que Dios no permita, tu comportamiento no nos satisficiese.

Al terminar, el prior le dió el beso de paz y Rafael quedó admi-

tido en el convento, esperando que llegase el momento de hacer la profesión.

Pero no era él solo el que sufría, sino que Dolores empezaba ya también a darse cuenta del desvío de Natalio y su tristeza fué tanta que terminó por llamar la atención de su madre, que un día le preguntó, mientras estaba en el jardín:

—¿Qué te pasa?... ¿Qué tienes, hija mía?

—No tengo nada, mamá, déjame—respondió fatigada la joven.

Doña María se quedó mirando fijamente a su hija y al fin volvió a decirle:

—No me explíco ese cambio en tu carácter, antes tan alegre... ¿Por qué no quieres que vengan tus amigas?

—No lo sé mamá... No lo sé—fué lo único que supo responder la joven.

De pronto se levantó precipitadamente y corrió hacia la verja, donde había visto llegar al cartero. Le interrogó ansiosamente con la mirada y el cartero le dijo sonriendo:

—Hoy tampoco, señorita.

Dolores dió algunos pasos para volver adonde estaba su madre, mas de pronto se sintió desfallecer. Advirtió que no tendría fuerzas para llegar hasta ella y gritó:

—¡Mamá!... ¡Mamá!

La madre corrió hasta donde estaba su hija y la cogió en sus brazos y la condujo amorosamente hasta la silla donde hacía poco que estaba sentada. Afortunadamente la joven sintió que se le pasaba el mareo y su madre le preguntó cariñosamente:

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Qué te ha pasado?

—No ha sido nada, mamá—respondió la muchacha intentando sonreír, para tranquilizar a su madre.

—Ya ha pasado.

Pero así y todo, a los pocos momentos sintió más fuerte todavía aquel mareo y sin poderse contener dejó caer la cabeza sobre su pecho, mientras que sus labios suspiraron al perder el conocimiento:

—¡Natalio!... ¡Natalio!

Doña María llamó en su auxilio y consiguió llevar a su hija a su alcoba, mientras llamaba al médico de la localidad, para que la asistiese.

Y mientras tanto, Natalio, el seductor de la inocente joven, vivía feliz con un nuevo amor. Sin acordarse del daño causado a Dolores, se divertía alegremente corriendo de un punto a otro con aquella nueva mujer que lo había fascinado.

Passaron dos días, y Dolores, retenida en la cama, sin permitir más

auxilio que el de su madre, parecía más enferma que cuando sintió el desfallecimiento. Su mirada carecía de aquel brillo de juventud que tanto admiró Rafael y con las manos entre las de su madre, respira fatigosamente, mientras que sigue sollozando.

Doña María ha comprendido, con la mayor sorpresa, casi todo. Cree que el sufrimiento de su hija es por el abandono del novio y piensa que pronto podrá olvidar y que un nuevo amor, más sincero, florecerá en su vida. Pero Dolores rechaza esta idea y le dice amargamente:

—No, mamá, no quiero a nadie más que a él... ¡A él sólo!

—Pobre hija mía—exclamó su madre dulcemente—. Tú verás cómo le olvidas.

—No podré, no podré. No es posible que pueda olvidarlo.

Su madre la miró extrañada y le preguntó:

—¿Tanto le quieres?

—¡Ha sido el único hombre a quien he querido!—respondió Dolores, llorando amargamente.

Doña María trató de consolarla en aquella aflicción que ella suponía pasaría con el tiempo y amorosamente le dijo:

—Tranquilízate, pequeña. A tu edad pasan pronto los desengaños.

La abrazó cariñosamente, sintien-

do dentro de su corazón la pena de su hija, y en sus ojos brillaron unas lágrimas de pesar, al ver cómo sufría Dolores.

Dolores, sin poder ocultar por más tiempo su pecado, escondió la cabeza en el pecho materno y con la voz entrecortada por la angustia que sentía en aquellos instantes, le dijo:

—¡Madre... tú no sabes!... Aunque quisiera... no podría olvidarlo. Necesito que vuelva...

Doña María empezó a comprender. Se disipó aquella niebla que parecía enturbiar su pensamiento y vislumbró tras las palabras de su hija algo que no quería ni podía darle crédito. Mirándola fijamente, con la angustia puesta en los labios, preguntó:

—¡Dolores!... ¿Qué quieres decir?

Pero Dolores no tenía fuerzas para confesar toda su culpa. Hasta entonces había esperado, creyendo que el seductor volvería a cumplir su palabra de casamiento y no tendría que pasar por el infinito dolor de causar a su madre aquella pena a la que tal vez no podría sobrevivir. Con la vista fija en el suelo, sin atreverse a mirar a su madre, sollozó de nuevo:

—Déjame, madre... No me hagas caso.

Pero en lo más hondo de su alma, doña María había sentido el presagio de aquella desgracia. Tenía casi la seguridad de lo que había pasado entre su hija y Natalio y fija en ella esta idea, con una resolución que parecía imposible en una madre que, como ella, había vivido exclusivamente para su hija, le preguntó enérgicamente:

—¿Que no te haga caso?... ¿Y lo que adivino detrás de tus palabras?... Lo que quieres ocultar y no puedes.

Dolores se abrazó nuevamente a su madre. En medio de su desventura no le quedaba más amparo que ella. Ella era la que únicamente sabría perdonarla y comprender el amor que había sentido por aquel hombre que tan vilmente la había engañado y aferrando a doña María le suplicó humildemente:

—¡Madre!

Doña María necesitaba tener la seguridad plena de cuanto pasaba a Dolores y para ello le cogió la cabeza entre sus manos, la miró fijamente a los ojos y le preguntó nerviosamente:

—¿Pero es verdad?... ¿Es verdad eso?

Dolores, en un decisivo arranque de sinceridad y sin poder seguir negando por más tiempo, afirmó con la cabeza, mientras le decía sollozando:

—¡Ay, madre de mi alma!... ¡Perdóname!

Doña María se levantó rígida. En su débil corazón, la herida había causado tanto dolor que no tuvo fuerzas ni para responder a su hija. El mundo entero se derrumbaba a sus pies. Ella que durante tantos años había estado consagrada a la dicha de Dolores, que había sido para ella el único fin de su vida, sentía como si todo lo que fué no existiese ya. ¿Qué podía esperar ya del mundo si le robaba hasta la dicha de poder presentar a su hija con el orgullo de madre que hasta entonces había tenido.

Todas sus ilusiones se derrumbaban como arrasadas por un terrible vendaval y sintió una opresión en el corazón que no la dejaba respirar.

Se dirigió hacia la puerta, sin mirar siquiera a su hija, salió de la alcoba y se fué hacia la suya. En el dintel de la misma alcoba sintió que las fuerzas la abandonaban y que su delicado corazón no podía resistir aquel golpe tan rudo como inesperado. Una nube enturbió su mirada y se agarró al quicio para sostenerse y no caer. Intento vano, pues que segundos después aquella mano que se había cogido al quicio se desprendía de él y el cuer-

po de la infortunada madre rodaba por la habitación, sin haber tenido tiempo, en aquellos últimos instantes de su vida, de poder siquiera perdonar a la hija que la mataba inconscientemente.

Al caer un solo grito pudieron pronunciar sus labios, en el que se condensaba todo el amor que sentía por su hija.

—¡Dolores!—se oyó angustiósamente en la casa.

La muchacha se levantó rápidamente, corrió en busca de su madre y la encontró sin vida ya. Se

abrazó a ella desesperadamente y teniéndola entre sus brazos lloró, como alocada por el dolor que le causaba, al mismo tiempo que pretendía reanimarla con sus palabras y le decía:

—Soy yo, mamá. Estoy aquí... ¿No me oyes?... ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Contéstame!... ¡Háblame!

El silencio de la muerte fué la única respuesta que tuvo aquella alma desgraciada que tan rápidamente había pasado de la felicidad de sus días de juventud a la desesperación de su abandono en el mundo.

EN BUSCA DEL SEDUCTOR

La casa había quedado sola. Ya no estaban allí ni los amigos que habían ido a consolarla en el dolor de su orfandad. Nadie tenía ya a su lado y los crespones que ocultaban su cuerpo, eran tan negros como la pena que la infeliz Dolores albergaba en su corazón. Por todas partes sentía el recuerdo de aquellos otros días felices, de aquellas horas de dicha imposible de volver a encontrar, y antes que sucumbir a la vergüenza de verse abandonada hasta por sus amistades, Dolores pensó huir del pueblo. Tenía además otra razón poderosísima. Necesitaba encontrar a Natalio para que el hijo que había de nacer tuviera un nombre y se hiciera él cargo de las consecuencias de su falta.

Con estos pensamientos abandonó todos aquellos lugares para ella tan queridos y se dirigió hacia Zaragoza.

Sin recursos para poder hacer un viaje hasta la capital, Dolores marchó a pie hasta ella. Pasó por el templo del Pilar y se postró ante la sagrada imagen pidiéndole perdón por su culpa y amparo para aquel hijo que había de nacer.

Más reconfortada después de esta santa visita, siguió su camino de Dolorosa, en busca del hombre que le debía una reparación.

Ajeno a aquel dolor que había causado, a aquel drama que se había desarrollado por su culpa, Natalio esperaba el momento de unirse a su prometida y darle su nombre. Preparaba todo cuanto le ha-

cía falta para el viaje que había de emprender tan pronto como estuviera casado con su novia, cuando llamaron a la puerta. Seguro de que sería su novia, salió él mismo a abrir, y al ver a Dolores, quedó como petrificado. La amargura que se reflejaba en el rostro de aquella pobre mujer a quien él había conocido tan alegre, le conmovió en un principio y le preguntó extrañado de verla allí:

—¡Dolores!... ¿Qué quieres aquí? ¿A qué vienes?

Dolores, humildemente, con la debilidad de las escasas fuerzas que aún le quedaban, le respondió firmemente:

—Vengo a buscarte aun cuando tú no quieras. A recordarte algo que tú has echado en olvido.

El tono de Dolores y su gesto sorprendió a Natalio sin darle tiempo para reaccionar de su extrañeza. Se sentía acobardado, sin poder adivinar cual sería el final de la entrevista. Temía una agresión, un escándalo, cuando se negase a lo que de sobras sabía que iba a pedirle Dolores. Y temía más que nada la próxima llegada de su prometida. Interiormente pensó que lo mejor era apaciguar cómo pudiera a Dolores y esperó a que ella le hablase, para saber cual era el propósito que la había llevado a buscarle y a aban-

donar a su madre. Por lo mismo, le respondió titubeando:

—Es que yo ahora...

Ella le atajó con igual energía que antes y le respondió:

—Es que tú ahora eres lo único que tengo en la vida.

—No te entiendo—replicó Natalio.

Dolores le hizo fijarse en el luto que llevaba y le dijo:

—¿Lo comprendes ahora?

Se dió cuenta Natalio de lo que quería indicarle su antigua novia y le preguntó:

—¿Ha muerto tu madre?

Dolores movió la cabeza negativamente y con voz sorda, en la que se adivinaba todo el dolor que sentía, le respondió:

—La maté yo... Sí, la maté por tu culpa. No vengo a pedirte cariño para mí, sino amparo para mi hijo, para el tuyo...

En aquel momento se oyó una voz de mujer que gritaba desde fuera:

—¡Natalio!... ¡Natalio!

La situación del seductor no podía ser más apurada. Temía el encuentro de las dos mujeres y materialmente pegado a la pared, iba deslizándose para ganar salida, mientras aún se atrevía a decir:

—Un momento, Dolores... Nada

más que un momento... Vuelvo en seguida.

Se acercó a la puerta y para evitar la impaciencia de su prometida le gritó con voz fuerte:

—Bajo en seguida... Espera junto al coche... Voy volando.

Volvió otra vez donde estaba Dolores con el propósito de engañar de nuevo a aquella infeliz. Quería evitar a toda costa el escándalo y para ello nada había mejor que seguir fingiéndole un amor que no sentía. Quería nuevamente remover las cenizas de aquella pasión lejana, para conseguir de Dolores unas horas de tregua, durante las cuales él podría huir con su prometida.

Se acercó a Dolores y con acento cariñoso le dijo:

—Has hecho bien en venir a buscarme. Yo no te puedo abandonar y menos ahora. Yo te he querido siempre, Dolores.

—Vuelvo a decirte que no he venido por mí—respondió secamente ella.

—Comprendo, comprendo tu estado de ánimo—le dijo él, pretendiendo acariciarla.

—Déjame—exclamó ella violentamente.

Natalio, siguiendo su plan, volvió a decirle tan cariñoso como antes.

—Tranquilízate, descansa. Estás

en tu casa, ¿sabes? Voy a dar unas órdenes y ahora seguiremos hablando.

Salió de la habitación, cogió su maleta y huyó en busca de su prometida, procurando despistar a Dolores respecto a sus propósitos. Pero nada hay que haga más sagaz a un ser que la desgracia, y Dolores se dió cuenta de la acción de Natalio. Corrió tras él llamándolo, pero sólo pudo verle subir al auto con su prometida y emprender una cobarde huida, como el ladrón que se siente perseguido.

Con un dolor infinito contempló aquella dolorosa escena y para no caer tuvo que sostenerse en el muro de una casa, y convencida de que nada podía esperar de aquel canalla, fué lentamente alejándose de aquel lugar donde ya nada podía buscar...

Pasaron varios días y Dolores fué madre. Ya era una verdadera Dolorosa, que se hallaba en lo más pronunciado de su calvario. Sola con su hijo, sin recurso alguno, Dolores se echó a andar sin rumbo fijo, pero sus pasos la fueron llevando hacia aquellas tierras que en otros tiempos le parecieron tan hermosas y que tan áridas se le ofrecían ahora. Y así vacilando, dando traspiés, haciendo esfuerzos supremos, llegó hasta la ermita cuya imagen quiso

restaurar en otro tiempo Rafael y pareció oír zumbar en sus oídos aquella dulce romanza que era un reflejo de su inmenso dolor, parecido al que debió sentir la Virgen y que decía:

*La roca fría del Calvario
Se oculta en negra nube.
Por un sendero solitario
La Virgen Madre sube.
Camina.*

*Y es su cara morena
Flor de azucena
Que ha perdido el color.
En su pecho lacerado
Se han clavado
Las espinas del dolor.
Su cuerpo vacilante
Se dobla al peso de la pena,
Pero sigue adelante.
Camina.*

*Y sus labios de hielo
Besan al suelo
Donde brota una flor.
En cada gota de sangre
Derramada
Por Jesús el Redentor.*

Dolores no pudo resistir más y perdió en aquel instante el conocimiento. En su delirio, le pareció ver que la Virgen de la capilla desaparecía y aparecía ella misma vestida con un manto de oro y diade-

mas de brillantes, mientras seguía oyendo la hermosa romanza que continuaba diciendo:

*Sombra peregrina,
Emblema del dolor hecho luz,
Camina,
Camina ligera,
Que el hijo la espera
Muerto en la Cruz.
¡Mujer y Madre!
De todo el mundo,
lo más sagrado,
Desde una loma del sendero
La Virgen caminante
Ve la silueta del Madero
Y al Hijo agonizante,
y llora
Su callado tormento
Con un lamento
Que no puede vencer.
Es el grito desgarrado,
Arrancado
A su carne de mujer,
Divina estrella
Sobre la huella
Del humero dolor.
Triste camina llorosa,
La Madre Dolorosa
Del Redentor.*

Y mientras que ella permanecía desplomada en la puerta de la capilla, sin que nadie fuese en su auxilio, Rafael en la ermita contemplaba a la Dolorosa y la vista de

aquel cuadro le inspiraba las últimas estrofas de aquella romanza.

El Prior y el Padre Lucas oyeron cantar a Rafael aquella canción que era un rezo amoroso, y el segundo de éstos le dijo al Prior:

—Con vuestra licencia, Reverendo Padre, debo decir que las actitudes del novicio me sumen en un mar de confusiones.

El Prior lo miró detenidamente. En sus ojos se expresó una llama de inmensa bondad y le respondió:

—Padre Lucas, hay que tener piedad de este infeliz desesperado que cree servir a Dios. Sin duda sufre un más grande dolor que nosotros. Y, sobre todo, no os preocupe un problema que no es tal problema.

Y lentamente fueron alejándose en dirección al convento, pasando por la casa del padre de Perico, quien estaba con su hijo acabando de cargar una carreta de hortalizas.

Perico, fijándose en la carga, exclamó:

—Ya está en colmo.

—Y el tío Bienvenido sin venir —exclamó su padre— Y sin traer las mulas. ¡Vaya calzonzos!

—Ya, ya—murmuró Perico—. Como que se los pone desde los hombros y entavía se los pisa.

—¡Dale un grito, hombre!

—¿Quién, yo?—preguntó asustado Perico—. Cualquiera le grita con el genio que tiene.

—Pues yo mismo le gritaré—exclamó José—. ¡Bienvenidooooo! ¿Aparejas o qué?

—No se esgañite—exclamó Nicasia, apareciendo con las mulas—. Ya están aquí las mulas.

—¿Son las mismas?—preguntó José.

—Claro que sí—respondió con vencida Nicasia—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque parecen más viejas, según lo que han tardao.

José se puso a enganchar las mulas, mientras le decía a Perico, que se hallaba contemplando a la Nicasia:

—¿Y tú no trabajas?

—Sí, señor—respondió rápidamente Perico—. Estoy mirando a la Nicasia, que también es trabajo.

Por fin llegó Bienvenido, y como ya estaba todo listo en la carreta, emprendieron el camino a la capital para llevar la carga, ya que los dos iban a medias en los negocios.

José no estaba muy conforme con la lentitud de su consuegro, y le dijo:

—Por culpa tuya no llegaremos al mercado.

Bienvenido se le quedó mirando

disgustado y le respondió, como quien no tiene ganas de regañar.

—Si no mirara que himos de ser consuegros...

—Pa la fiesta del campo los podemos casar... ¿No te paice?

—Muy bien que me paice—respondió el otro—. Mi chica no irá desnúa. Lista tiene la dote y preparau el ajuar... ¡Lleva una ropa!

—Ya sé que eres tumboso—respondió el padre de Perico.

—Como yo no me he puesto pa ná los vestíos de su defunta madre... Y como siempre hemos dormío sin sábanas pa guardárselas a la chica...

—Pues mi chico ya sabes lo que lleva—le respondió José.

—Sí, hombre. Claro que lo sé. Las arras, el majuelo, el carrico pequeño...

José miró asombrado a su futuro consuegro y exclamó alarmado:

—Espera... espera... ¿Qué es eso del carrico?

—Lo de ley. Pa el trabajo de la huerta.

—El carrico me hace a mí falta pa dir tirando y eso no me lo quitas ni matándome —respondió José.

—¿Qué es eso de quitar?—preguntó asombrado Bienvenido.

—Lo que te he dicho... Que tú quiés aprovechate.

—Aprovechame, encima de que te doy la mejor moza del pueblo.

—¿Y mi chico no es ná?—exclamó José—. Ya sabes que cuando le da por ser trebajador, es el primero.

—El primero en sentarse—exclamó Bienvenido.

José no podía consentir que tratase de aquel modo a su hijo y exclamó decididamente:

—Pos si quiés deshacer lo tratau, yo nada hi de perder.

Bienvenido no se anduvo por las ramas, sino que desenganchó las mulas y José le gritó indignado:

—Pero, ¿qué haces, mostillo?

—Yo me llevo lo mío y tú te quedas con lo tuyo.

—Pero me vas a dejar ansina con una cuarta de morros. Aspera, hombre, aspera... Lo daré el carrico.

—Y dos cántaras de vino pa arremojar la boda.

También consintió el padre del mozo en lo que le pedía últimamente, y puestos de acuerdo siguieron el camino hacia el mercado...

Al llegar a la capilla, José vió tendido un bulto que le pareció de una persona y llamó la atención de su amigo diciéndole:

—Oye, tú, ¿ves aquello? Parece una persona... Para, para.

Detuvieron la carreta y José,

viendo que se trataba de una mujer, siguió diciendo:

—Hay que acercarse... Pué ser una desgracia.

Corrieron hacia donde estaba la persona caída, que era Dolores, y entre los dos la llevaron al carro para transportarla inmediatamente y prestarle auxilio.

—Llévemola a casa en seguidica para que la cuide Juana—exclamó José, cuyos buenos sentimientos no podía ocultar la tierra donde había nacido.

El hermano Rafael, después de varios días de constante trabajar, había conseguido la restauración de La Dolorosa y muchas tardes se encerraba en la ermita para contemplar aquel rostro de Santa y de Mujer, que tanto parecido tenía con Dolores.

Vivía en aquellas horas de solitario silencio, con la contemplación de aquel cuadro, toda la dicha que había soñado y que no había podido conseguir. Había sido inútil para él, sus largas horas de rezos, el ejemplo de los demás hermanos, la tranquilidad del convento. Nada le era suficiente para restañar la sangre que continuamente manaba de aquella herida siempre abierta en su corazón.

Cuando pintaba ponía su cerebro en su trabajo, pero su voluntad se

dejaba guiar por sus pensamientos y no veía más que a Dolores. Era ella la que le inspiraba todas sus obras y la que continuamente parecía estar delante de él, como modelo de quien no podía apartar la vista.

Su actitud había ya dado que hablar algo a algunos hermanos, pero el Prior sabía mucho de dolores humanos y comprendía el que debía sentir aquel hombre, por lo que lo disculpaba y se mostraba con él cada día más cariñoso y compasivo.

Era una lucha tremenda la del hermano Rafael entre su conciencia y su recuerdo. El había huido del mundo, había querido abstraerse de todo lo que perteneciera a él, pero el mundo no le abandonaba, le atenazaba continuamente con el recuerdo de aquella mujer a quien sus labios jamás se atrevieron a maldecir por todo el daño que le había causado.

Nada había vuelto a saber de ella, no sabía cuál había sido su ruta en la vida y temía que algún día pudiera encontrársela, por no tener la fuerza suficiente para contener aquel amor que aún vivía en su alma.

El hermano Rafael, aquella tarde pintaba, dando las últimas pinceladas al cuadro de la Virgen, y Perico seguía con vivo interés el trabajo del fraile admirado de la obra que estaba realizando.

El muchacho, en su ignorancia, se

le había ocurrido pintar también, ser como el hermano Rafael, un gran pintor, aun cuando para ello tuviera que meterse a fraile y esto ya había dado lugar a más de un disgusto con Nicasia.

Pero, como buen baturro que era, cuando se le metía una idea en la mollera era más difícil de sacársela, que de que él pudiera llegar a ser lo que se proponía. El hermano Rafael, después de haber permanecido pintando un gran rato, dejó el trabajo para contemplar la figura de la Virgen y Perico exclamó admirado:

—¡Mi Dios me valga! ¡Y qué eso se pueda hacer con una escobilla tan pequeña! Parece la misma Virgen que haiga bajao del Cielo!

Rafael sonrió tristemente al advertir la admiración del muchacho y volvió a contemplar el cuadro satisfecho de su obra.

Perico fué a seguir elogiando el cuadro, cuando de pronto sintió la voz de Nicasia que le llamaba a grandes voces, diciéndole:

—¡Perico!... ¡Perico!

Los dos salieron para saber que es lo que podía ocurrir para que la muchacha gritase de aquella forma y Nicasia llegó segundos después corriendo a más no poder.

—Pero, ¿qué es lo que pasa?— preguntó Perico.

—Pronto, pronto — exclamó Nicasia, medio ahogada.

—Eso mismo te digo, pronto... Habla pronto y dí lo que pasa.

—Ocurre una desgracia, Perico— le dijo la muchacha, con la voz entrecortada por el cansancio de la carrera—. Tu padre acaba de llegar.

—¡Mi padre! — preguntó asustado el muchacho—. ¿Le ha ocurrido algo a mi padre?

Nicasia movió negativamente la cabeza y al fin pudo responderle:

—No... No.

—Pues entonces, qui es! — preguntó desesperado Perico.

—Una persona que han recogido en la carretera — le dijo Nicasia—. Corre.

Perico la miró indignado. Ahora resultaba que porque su padre había recogido a una persona en la carretera ella le había dado aquel susto y además quería que él corriese a su casa. No pudo contenerse y le respondió:

—Siempre serás una tonta... ¿Pa qué quieres que corra?

—Por si haces falta — le dijo ella—. Es una pobre mujer con su hijito.

Aquello ya cambiaba de aspecto para Perico. Antes que nada, la caridad que siempre sintió ante los infortunios lo conmovió y se dispuso a salir diciéndole al hermano Rafael.

—¿Viene usted?

—Sí — le respondió éste—. Yo iré detrás de vosotros... No será nada de particular, pero por si acaso, iré.

Los dos muchachos cogidos de la mano echaron a correr hacia la casa de Perico, mientras que Nicasia le iba refiriendo, por el camino, todo cuanto había oído decir al padre de su novio respecto a aquella desgraciada, de quien nada sabían, porque todavía no había podido volver en sí y decir siquiera si el niño era hijo suyo.

—Ya verás como todo se aclarará pronto — le dijo Perico, sin dejar de correr.

Nicasia afirmó con la cabeza, sin ganar de seguir hablando, a pesar de su charlatanería y pronto llegaron a la casa de él, donde Dolores había sido transportada por el padre de Perico.

El hermano Rafael, abandonó sus pinceles y salió de la ermita para dirigirse también allí e informarse de lo que ocurría, ya que de Nicasia, poco o casi ningún caso podía hacerse.

El regreso de Bienvenido causó la natural extrañeza en Juana, quien no podía adivinar los motivos y por lo mismo le preguntó extrañada:

—¿Qué ha ocurrido para que volváis tan pronto?

—Ven mujer — exclamó su marido—. Es una desgracia.

—¿Una desgracia?—preguntó ella.

—Sí, una desgracia. Hemos encontrado a esta pobre mujer desfallecida junto a la capilla y a este niño.

Juana corrió inmediatamente para ayudar a sacar a Dolores de la carreta y entre los dos hombres la condujeron al interior de la casa, donde con todo cuidado la sentaron en una silla para prodigarle cuantos auxilios fueran necesarios hasta hacerla recobrar el conocimiento.

—No os ha dicho nada? — preguntó Juana.

—Pero mujer—exclamó su marido—. ¿Cómo quieres que nos diga nada si la hemos encontrado en este estado?

—¡Pobre mujer!—exclamó Juana, sintiendo que las lágrimas le acudían a los ojos—. Debe haber sufrido mucho cuando se ha aventurado por esos caminos de Dios con esta criatura en los brazos.

—¿Y Perico?—preguntó su padre.

—Estará en la ermita con el hermano Rafael.

El rostro de aquella infeliz era, en efecto, digno de lástima y de compasión. Aquella fresca belleza de días anteriores había desaparecido de su cara y una mueca de profundo dolor surcaba todo su semblante. No

se necesitaba mucho para darse del estado desespera en que se hallaba aquella infeliz y Juana se sentía conmovida a más no poder ante su desgracia.

Juana tenía el niño en los brazos, mientras que José refrescaba la cara de Dolores con agua para hacerla volver en sí.

—¡Pobrecita!— exclamó Juana, conmovida por el dolor que expresaba el semblante de Dolores—. Sabo Dios lo que habrá pssu para quedarse asina.

Entró en aquel momento Nicasia, que ya estaba avisada de lo que ocurría, y Juana le entregó el niño diciéndole:

—Toma este angelico del Cielo y acuéstalo.

Nicasia se fué con el pequeño al piso alto y apenas había salido, en la puerta de la calle se dibujó la silueta del novicio Rafael.

—Llega a tiempo, hermano—le dijo José—. No sabemos qué hacer pa que recobre el sentido esta pobre mujer.

El novicio Rafael se acercó hacia la desgraciada privada de conocimiento. Pero al ver su rostro, un movimiento de asombro estremeció todo su cuerpo, mientras que José y Juana miraban sorprendidos la

actitud del fraile, que no se atrevía a acercarse.

Dolores empezó a volver a la vida y suspiró tristemente:

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!

Juana corrió a su lado y la tranquilizó diciéndole:

—No padezca, señora, que esté en buenas manos.

—¡Mi hijo!—gritó nuevamente Dolores, sin pensar en otra cosa que en él.

Rafael se decidió a acercarse al grupo y le dijo a Juana:

—Atienda a su hijo, que eso la tranquilizará... Yo quedaré aquí para cuidarla.

Y a los otros, que no se marchaban, les ordenó también:

—Idos vosotros también... Esperaré a que vuelva en sí y ya os llamaré.

Poco a poco iba recobrando el conocimiento Dolores, y al sentir la voz de Rafael, volvió la cabeza hacia él. Por la expresión angustiosa de Dolores se advertía que procuraba precisar y ordenar sus recuerdos, hasta que al reconocer definitivamente a Rafael, en aquel Hermano, exclamó suspirando tristemente:

—¡Rafael!

El Hermano Rafael, conmovido por el estado en que ve a la mujer

causa de todo su infortunio, no tuvo una palabra de reproche, y con un acento de pura amistad le preguntó:

—¿Qué te ha ocurrido?

Dolores, llorando amargamente, sin ocultar nada de su dolor, le fue confesando todo su calvario, toda la amargura de su alma, hasta terminar diciéndole el abandono en que la había dejado aquel infame.

—Pero, dime, infeliz—le preguntó angustiosamente el Hermano Rafael—, ¿no te ha dado esperanzas.

—Ninguna... No pude conmovérle... Luego lo largo del camino... la angustia.

Rafael sentía en lo más hondo de su corazón aquel dolor de Dolores. La herida que ella le había causado, todavía no estaba cerrada y ante su presencia volvía a abrirse de nuevo. Supo contener sus sentimientos y elevando la vista al Cielo suplicó:

—¡Señor!... ¿Merece un castigo tan grande un error como el suyo?

Juana apareció en la estancia y le dijo a Dolores:

—Señora, el niño se ha despertado... ¿Quiere que lo traiga?

—No, iré yo—exclamó Dolores, intentando levantarse. Pero el Her-

mano Rafael la retuvo diciéndola:

—Espera, Dolores, espera.

Ella le miró suplicante y le respondió:

—Mi hijo me llama... Es mi única alegría...

Y siguió a Juana hacia el piso superior donde habían acostado al niño, mientras que él la seguía con la vista y sus labios murmuraban:

—¡Dolores!... ¡Dolores!...

Se oyeron a lo lejos las campanas y su tañido volvió a la realidad a Rafael, que se levantó rápidamente para ir al convento y buscar en el rozo el olvido que precisaba y la fuerza de voluntad para apartarse de Dolores.

Aquella noche Rafael sintió como nunca la estrechez del convento. El mundo le llamaba nuevamente desde que viera a Dolores. Sentía que la frente le ardía como si la fiebre le consumiese.

Se acercó a la ventana para respirar el aire de la noche y sus ojos se elevaron al Cielo tapizado de estrellas en aquel momento. Su gran amor por Dolores brotaba nuevamente en su corazón con la misma fuerza avasalladora de los primeros días y la imagen de la amada no se le apartaba. En aquel delirio amoroso que se había apoderado de él, incluso creyó ver a Dolores en for-

ma corpórea en el espacio y se llevó las manos a los ojos, como si quisiera contener las lágrimas que quemaban sus pupilas. En aquella fiebre, en aquel delirio de pasión, creyó sentir su voz y la de Dolores, que en un duo doloroso se confesaban sus sufrimientos diciéndose:

RAFAEL

*Ten piedad, Señor
para la infeliz.*

*Con mi amor en otro tiempo
pudo ser feliz.*

*Pero, ¿a qué soñas,
si aquel amor no puede ser?
Alma mía, tu ilusión no ha de volver.*

DOLORES

¡Pobre Rafael!

*sufres aún por mí,
sin pensar que mis locuras
te han traído aquí.*

LOS DOS

*Calla, corazón,
ya que feliz no puedes ser.
Alma mía, tu ilusión no ha de volver.*

RAFAEL

Dolores, no sufras.

DOLORES

Tu pena me llena de pesar.

RAFAEL

*Mi dolor no te importe.
Pensemos tan sólo en tu suerte.*

DOLORES

*Soy madre y soy fuerte
y sé luchar.*

RAFAEL

*¿Por qué no vas al hombre
que ayer te quiso,
con tu aflicción?
y, si es preciso,
pidas perdón?*

DOLORES

Jamás, jamás.

¡Maldito!

*El cobarde que manchó mi frente
y niega, y miente,
si le recuerdan su delito,
¡maldito sea, maldito sea!
Antes mendigar sin honra y nombre
que unirme a un hombre
de tal ralea.*

¡Maldito

*el canalla que, cruel y avaro,
le niega amparo,
carriño y pan a ese angelito!*

RAFAEL

¡Pobre Dolores!

¡Pobre mujer!

*No sé qué hacer
porque no llores.*

DOLORES

*¡Ya no tengo la esperanza
de volverte a ver!*

LOS DOS

¡Basta de soñar!

¡Aquel amor no puede ser!

DOLORES

¡Adiós, Rafaell!

RAFAEL

¡Adiós!

¡Alma mía, nunca más has de volver!

Llevaba ya varios días Dolores en casa de Juana, durante los cuales se iba reponiendo de sus fuerzas perdidas y el chiquillo se iba encariñando con las almas caritativas que le habían dado el cobijo de que carecía.

En las eras se trabajaba afanosamente para terminar cuanto antes, con el fin de poder estar preparados para la fiesta de la noche, cuando llegó Nicasia con una bota de vino y ella misma le dió de beber a Perico. Cuando éste hubo terminado se sentó a su lado y le dijo:

—Escucha, estoy pensando una cosa.

—¿Cuál?—preguntó Perico.

—¡Siento una pena por ese pobre angelico!... Tal vez su madre tenga que llevarlo al hospicio.

Perico se restregó los ojos con el dorso de las manos y respondió:

—Soy hombre yo y me saltan las lágrimas de pensarlo.

—Pues nos lo quedamos y en paz—propuso Nicasia—. Así tendremos un hijo jen seguidica, sin dar que hablar a la gente.

Perico se rascó la cabeza, cosa que hacía siempre que pensaba algo transcendental, y terminó diciéndole:

—Bueno... pero...

—No te apures. Yo lo cuidaré muy bien. ¿Sabes?

—Sí, sí, lo creo—replicó Perico.

—Pero... ¿y cuando vengan los nuestros... los gordos?

—Pa entonces ya estará crisu.

Perico terminó aceptando, como siempre, a lo que le proponía Nicasia, y le dijo:

—Bien, bien, haz lo que quieras... lo tiés de hacer de todas maneras...

Nicasia no pudo contenerse y agarrándole la cabeza le dió un beso cariñoso, al mismo tiempo que le decía:

—Eres más bueno que el arroz con leche.

A lo lejos se oyó la voz de José que decía a los labradores:

—Basta, mocetea, hemos terminado por hoy. Vamos al pueblo, que hemos de estar listos pa la fiesta de esta noche.

Y poco después, cuando los labradores iban camino del pueblo, ya al atardecer, iban cantando, al pasar cerca del convento:

*Ya llegó la noche grande
de los mozos labradores.
Hoy en la vega mandan
los rondadores,
los rondadores.
De rosas y hierbabuena
ha de llenar el balcón
a la chica morena
por la que pena
mi corazón.*

El Hermano Rafael, a aquella misma hora se hallaba orando, pero su pensamiento seguía aprisionado por el recuerdo de su mente. La veía avanzar hacia él con el niño en los brazos y de sus labios se escapó, como una súplica que elevaba al Todopoderoso, la siguiente canción:

*La mujer que fué mi vida
por cruel azor llegó hasta aquí.
Y al mirarla dolorida,
un ansia dormida
despierta hoy en mí.
En sus brazos lleva un niño
que ni hogar ni nombres ha de tener,
y esa injusticia no pueda ser.
Es que al ver
su desventura,
de pena y tortura
se itunda mi ser.
El amor, el amor
que mi alma siente es rosa de
[bondad.*

*Su calor, su calor
enciende en mí la luz de la piedad.
Son dos almas que imploran,
dos seres que lloran,
y su dolor hacen en mí nacer
el amor, el amor, el amor.*

Las campanas llamaban a los frailes a la oración y cada uno, conforme se iban dirigiendo al templo, tiraban de la campana. El Hermano Rafael salió de su celda y se dirigió también al templo. Al cruzar por el largo pasillo, llegó hasta él la voz de un mozo cantando:

*Clavellina de la huerta,
no cierras hoy la ventana.
Clavellina de la huerta,
escucha despierta
la copla mejor,
la copla de tu rondador
y ten la ventana abierta,
que puedo entrar el amor.
Cereza mollar,
no quiero un clavel,
quiero los besicos tucos,
que saben a miel.*

Al oír aquella copla del mozo que hablaba de su amor, Rafael se sintió desfallecer y se apoyó en el muro. Era la voz del mundo, del que él quería alejarse el que le tentaba llamándolo y elevó los ojos al

Cielo, como pidiendo protección y suspiró tristemente:

—¡Dios mío!... ¡Ten piedad de mí!

Quedó allí sumido en sus recuerdos, hasta que sintió que una mano se posaba débilmente en su hombro; volvió la cabeza y se encontró con el Prior que le dijo:

—Hermano Rafael... Tu puesto está en la iglesia... ¿Por qué has faltado al rezo?

Rafael, humildísimo, con la frente baja, se inclinó ante el Prior y le dijo:

—Padre mío, oídme en confesión.

Y con la voz velada por la emoción y el dolor que sentía, le confesó toda la verdad, todo cuanto le ocurría en aquellos instantes, en que el mundo le llamaba nuevamente. Le pidió consejo y el Prior, conmovido por el relato, le respondió:

—El caso es grave, muy grave.

—Para probar mi fe—siguió diciéndole Rafael—Dios ha puesto en mi camino a la mujer que lo fué todo para mí, despreciada, triste, sola, desamparada por el hombre que se niega a cumplir sus deberes, con el hijo de su culpa... ¡No puede consentirse esta injusticia!

—¡Calma!... ¡Calma!—le respondió el Prior bondadosamente, al ver la exaltación del Padre Rafael.

—No puedo, Padre mío—volvió a decirle—. Me abraso en la caridad por esa mujer y ese niño. De seguir aquí mi condenación es segura. Volviendo al mundo, tal vez pueda encontrar mi dicha sin dejar de ser grato a Dios.

El prior calló unos instantes antes de decidirse a responderle y al fin le dijo:

—Siempre pensé que no servías para religioso. El noviciado ha sido una prueba que no has podido superar... Sigue los dictados de tu conciencia. En el mundo, como en el claustro, te acompañarán mis bendiciones.

Rafael se inclinó ante él, besó el crucifijo que pendía de su cintura y le dijo emocionado:

—¡Gracias!... Gracias!

Volvió de nuevo a su celda mucho más consolado. Las palabras del Prior habían hecho un bien infinito a su alma y decidió acudir al llamamiento de aquella voz que le llamaba.

Celebrábase la fiesta. La procesión estaba a punto de salir cuando Juana, en la cocina de su casa, esperaba la llegada de José, diciéndole a Perico:

—Pero ¿dónde estará metido ese hombre?

José, luchando por ponerse las

botas, que solamente se las calzaba una vez al año, le gritó:

—Aguarda, que tengo aquí un ojo de gallo que no quise que le tape la vista... Si tienes prisa, te sientas.

Juana se levantó, lo cogió por un brazo, después que consiguió que se pusiera las botas, y le dijo:

—Muévete si quieres, condenau.

—¡Pero, mujer!—exclamó José.

—¡Qué más quisiera yo que poderme mover!

Al llegar a la puerta se cruzaron con Dolores, que se hallaba cojiendo las ropitas de su pequeño, y que al ver al matrimonio discutiendo, no pudo menos que sonreír, sabedora del cariño que se tenían y pensando en que aquella felicidad jamás la disfrutaría ella.

—¿No viene usted, señora—le preguntó José.

—Vendré después — respondió ella humildemente—. Prefiero estar lejos de toda esa alegría.

Y cuando hubo pasado más de una hora, cuando ya Dolores estaba segura de que la fiesta estaría lejos de la capilla, se fué a ella, se sentó allí y pensó con tristeza en la alegría de los demás comparándola con su pena.

Jamás había vuelto a pensar en Natalio. Parecía como si aquel hom-

bre no existiera en el mundo y en cambio el recuerdo de Rafael apareció con fuerza emotiva en su mente. Luchaba por apartar de ella aquel pensamiento. Agradecía a Rafael todo el interés que sabía se había tomado por ella y cuando lo recordaba una paz bienhechora inundaba su alma. La nobleza de aquel hombre para con ella no tenía límite y la infeliz pensaba que si el tiempo pudiera hacerse retroceder, qué feliz hubiera sido con el amor de Rafael.

Ensimismada en estos tristes pensamientos se hallaba cuando de pronto sintió una voz que la llamaba por su nombre. Reconoció la voz de Rafael y se volvió rápidamente y se encontró con él.

Pero ya no era el Hermano Rafael, era el Rafael de otras veces. Ya no vestía los hábitos, sino que iba de paisano. No necesitó Dolores que él le dijera nada. Todo lo comprendió, y con un grito nacido de lo más profundo de su alma, exclamó:

—¡Rafael!

Este se acercó a ella lentamente, la estrechó en sus brazos y la hizo apoyar la cabeza lentamente sobre su pecho. Los rostros de los dos revelaban la profunda emoción que sentían.

Lentamente comenzaron a an-

dar, muy estrechamente unidos, mientras que Dolores sonriente le decía:

—Iré donde tú vayas... No espero ya nada, más que de Dios y de tí.

Rafael, con el rostro transformado por la alegría que siente en su alma, cogió de las manos a Dolores, y como si acabase de tomar una repentina decisión, se la llevó de allí.

La fiesta seguía en todo su apo-

geo. Músicos y cantadores rivalizaban con los bailarines, pero Dolores y Rafael huían de ella, huían de allí, para cobijar su amor en otro sitio. Su felicidad necesitaba cambiar de horizonte, apartarse de todo lo que pudiera servirles de tristes recuerdos. Y en una mula, apretados los dos y con ellos el niño, fueron perdiéndose en la belleza de aquel valle maravilloso, mientras que sus corazones sonreían de dicha y de gratitud a Dios.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PROXIMO NUMERO:

¡Acontecimiento!

No soy ningún ángel

La historia de una mujer a quien todos los hombres asediaron por su belleza, hasta que una pasión sincera, un amor profundo, vino a turbar su existencia. Creación de la genial «vampiresa»

MAE WEST

formando pareja con el simpaticísimo galán

CARY GRANT

Producción Paramount Films

RECUERDE ESTOS TÍTULOS

El pequeño rey

Grandiosa novela del más alto interés y primera creación del precoz y joven artista

ROBERT LYNEN

Producción Filmafono

Por sendas distintas

Novela amorosa y sentimental. Triunvirato de eminencias

William Powell - Myrna Loy - Clark Gable

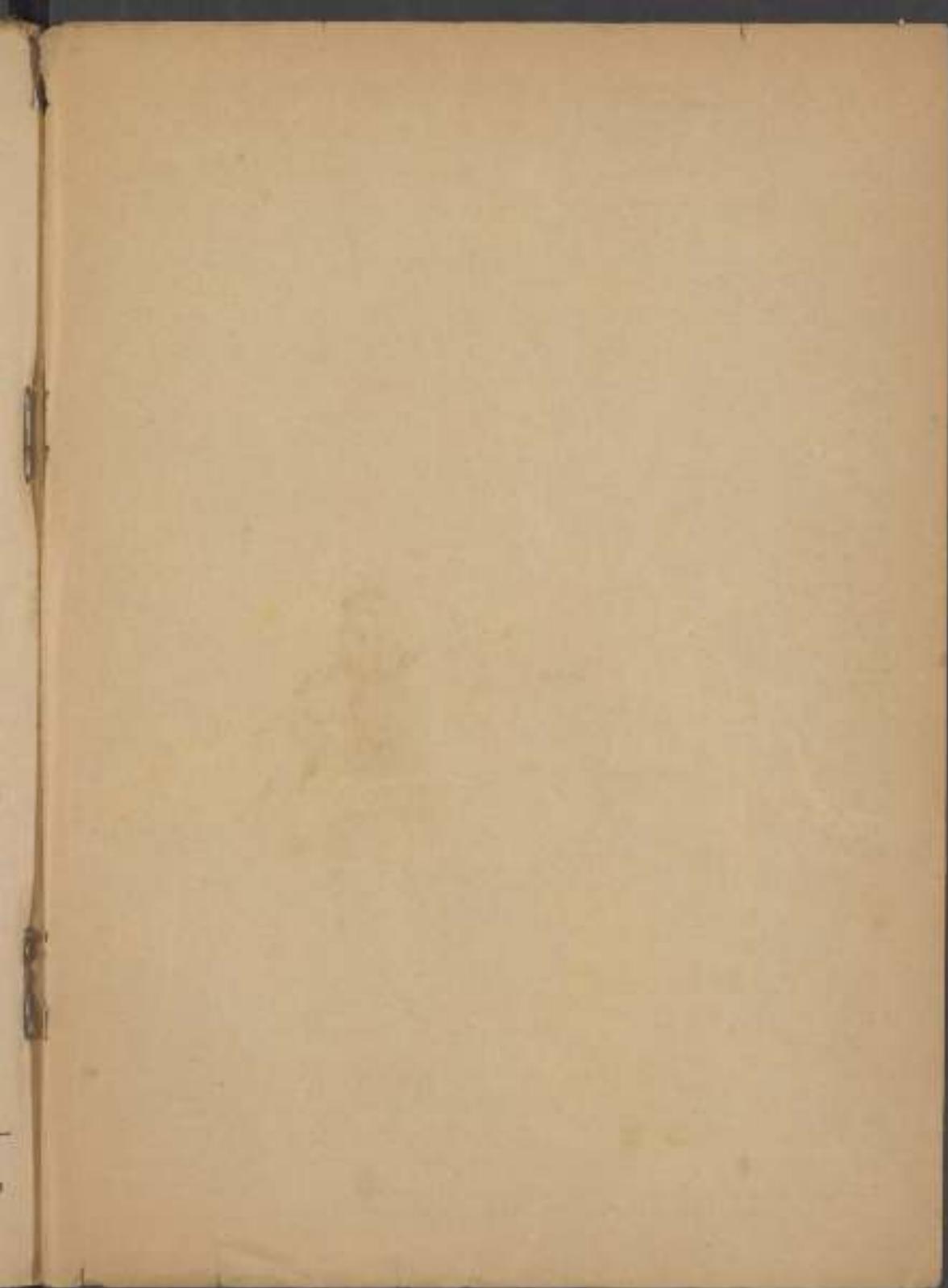
Producción Metro Goldwyn Maye

PORTADA A TODO COLOR - PRECIO DE CADA TOMO UNA PESETA

MESTITAS DE NINA PETROWNA Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR ... Al Joucou
LOS PECADOS DE LOS PADRES Noel Jannings
EL DRÓFILA DEL AMOR ... Chevalier
EL AMOR Y EL DIABLO ... Marie Corda
LA INTRUSA ... Gloria Swanson
LA MARSKLERA ... L. La Plante
MIS FORTUNAS ... F. Bertini
LA FIBRELLA DOMADA ... Mary Douglas
UN HOMBRE DE SUERTE ... Roberts Key
CASCARRANIAS ... E. Vilches
NOCHES DE NEW-YORK ... N. Talmadge
LA MUJER EN LA LUNA ... Willy Fritsch
EL KEPELIN PERDIDO ... Conway Tearle
LAS LUCES EN LA CIUDAD ... Charles Chaplin
BU NOCHE DE BODAS ... I. Argentin
DON JUAN DIPLOMATICO ... C. Montalban
EL EMBRUJO DE SEVILLA ... L. de Goevare
LA ULTIMA ORDEN ... Emil Jannings
NAUFRAGOS DEL AMOR ... J. Mac Donald
EL CABALLERO DE PRAC ... Roberto Key
EL COMEDIANTE ... E. Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES ... Carlos Gardel
EL TENIENTE BRUCCO ... Chevalier
EL SECRETARIO DE MADAME Willy Fritsch
LA ARLESIANA ... José Noguero
ENTRE NOCHE Y DIA ... Susan Falvey
LOS QUE DANZAN ... A. Moreau
AL ESTE DEL BORMEO ... C. Blackford
M. (El vampiro de Düsseldorf) ... P. Torre
LA DAMA ATREVIDA ... R. Ferede
FATALIDAD ... M. Dietrich
EL PRINCIPE GONDOLERO ... Roberto Key
AVENGLA ... I. Barrymore
CARNE DE CABARET ... Lupe Velez
EL DOCTOR FRANKENSTEIN ... R. Karloff
PAGADA ... Joan Crawford
CATOLICISMO ... G. Froelich
KIMBY ... Lupe Velez
CIMARRON ... Richard Dix
EL TENIENTE DEL AMOR ... G. Froelich
DIRIGIBLE ... Jack Holt
LA DAMA DE UNA NOCHE ... F. Bertini
NACIDA PARA AMAR ... C. Bennett
ADVENTURAS DE TOM SAWYER Jackie Coogan
MARIUS ... Raimu
UNA MUJER DE EXPERIENCIA Nancy Carroll
EL ANGEL DE LA NOCHE ... H. Teetstrass
UNA CANCIÓN, UN BESO, UNA MUJER ... G. Froelich
UNA HORA CONTINUA ... M. Chevalier
DOS CORAZONES Y UN LATIDO Lillian Harvey
MONNY ... Kaido de Negri
ATLANTIDA ... Brigitte Helm
EL EXPRESO DE SHANGHAI ... M. Dietrich
CONCEAL DE CHLOE ... C. Bennett
UN CHICO ENCANTADOR ... Nancy Grant
LA REINA DRAGA ... Pola Negri
VICTORIA Y SU HUSBAND ... I. Petrovich
EL CONGRESO SE DIVIERTE ... Lillian Harvey
RECORDIMIENTO ... F. Boland
¡QUE PAGUE EL DIABLO! ... Robert Comar
EL HROLO ... John Barrymore
BAJO FALSA BANDERA ... Charlotte Hesa
MENCIURIA ... Richard Dix
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO ... March
DAMAS DEL PREVIJO ... Sylvia Sydney
ESPERAME ... C. Gardel
AMAR ESTA NOCHE ... M. Chevalier
UN "AS" EN LAS NECHES ... Bille Dove
LA COMEDIA DE LA VIDA ... Florelle

UNA NOCHE CELESTIAL ... John Bode
POR LA LIBERTAD ... Lulu Trasker
EL MARIDO DE MI NOVIA ... Marie Glory
PRESTIGIO ... Adolphe Menjou
BOCAMBOLE ... Gella Norman
14 DE JULIO ... Hans Clair
REDDIMIDA ... Frederic March
EL MILAGRO DE LA FE ... Chester Morris
LA VENUS RUBIA ... M. Dietrich
RASPUTIN ... Conrad Veidt
LA AMANTE INDOMITA ... Nele Denis
MERCEDER ... J. Santoro-Aroca
SUERO DORADO ... Lillian Harvey
CORRESPONSALE DE GUERRA ... Jack Holt
UNA MUJER PRESIGUIDA ... C. Colbert
UNA MUJER CAPRICIOSA ... Vance Gibson
LARIOS SELLADOS ... Clive Brook
¡DILINCKHT! ... Berth Karlhoff
CRUEL DESINGLARO ... B. Stanwick
INDIGNICIA ... Gloria Swanson
EL DOCTOR ARROWSMITH ... Ronald Colman
DIPLOMATICO DE MUJERES ... Martha Eggerth
LA ULTIMA AGRACION ... John Barrymore
LA HIJA DEL DRAGON ... Ann May Wood
¡QUE VALE EL DINERO! ... G. Heueroff
VIAJE DE NOVIOS ... Brigitte Helm
PARTO DE TIBBONNE ... Edward Robinson
EL ROBINSON MODERNO ... O. Fairbank
SOLTERO INOCENTE ... M. Chevalier
I. P. I. NO CONTESTA ... Charles Boyer
MEMOIRA DE ARRABAL ... Argentina Cardel
EL SIGNO DE LA CRUZ ... March, E. Land
TODO POR EL AMOR ... J. Klepans
DANTON ... J. Crocillat
BETRELLA DE VALENCIA ... Brigitte Helm
CASADA POR AKAR ... Clark Gable
KING-KONG ... Fay Wray
YO Y LA EMPERATRIZ ... Lillian Harvey
MADAMIS BUTTERFLY ... Sylvia Sydney
EL BESO ANTE EL ESPEJO ... Nancy Carroll
VAMPIRRAS 1933 ... Warren William
B. O. B. ICEBERG ... Sad Leroque
AMORIOS (Lashley) ... Magda Schneider
MATHE DOLOGORA ... Lina Sora
LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS ... Charles Laughton
VULGAN MIS CAMCIONES ... Martha Eggerth
¿QUE QUIEN ERES TU? ... Liane Haid
NACIDA PARA PECAR ... Mae West
AUDIENCIA IMPERIAL ... Martha Eggerth
EL TESTAMENTO DEL DR. MA-DUSE ... Fritz Lang
EL RESUCITADO ... Inez Karlhoff
PARIS-MONTCARLO ... Henry Garat
FELIPE DERHILAY ... Gaby Morlay
GUERRA DE VALERS ... Willy Fritsch
MARIA ... Annabella
TARLAN DE LAS FIERRAS ... Buster Crabbe
UNA VIDA POR OTRA ... Nancy Torres
EL AGUA EN EL SUELO ... Marchi Fessno
LA MASCARA DEL OTRO ... Ronald Colman
UNA DE NOWYPRAN ... Helga Helm
EL COLLAR DE LA REINA ... Thana Karsons
LA NOVA UNIVERSITARIA ... Buster Crabbe
LA MUJER ACUSADA ... Nancy Carroll
MORAL Y AMOR ... Camilla Horn
PECADORES SIN CASETA ... Cecilia Lombard
EL CREMON DEL SIGLO ... J. Heschott
EL ABOGADO ... John Barrymore
TUYA PARA SIEMPRE ... Frederick March
EL HOMBRE LEON ... Buster Crabbe

EDITORIAL "ALAS" - Apartado de Correos 707 - Barcelona
 Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco edulmas para el certificado. Franqueo gratis.



EL AÑO 1935

será el de los grandes éxitos de
Ediciones Biblioteca Films
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

**Producciones nacionales
selectas**

Doce hombres y una mujer

Primera creación de la primerísima actriz
Irene López Heredia

Vidas rotas

Deliciosa novela de la eximta literata
Concha Espina por
Lupita Tovar - Maruchi Fresno
Enrique Zabala
Fernando F. de Córdoba

El tren de las 8'47

Deliciosa novela. Creación de los «ases»
de la gracia **Anniviva-Alady-Santpere**

UNA peseta